



Franeo
EL LIBRO AMENO

DE LOS

NIÑOS

Cuentos, fábulas, chascarrillos, cantares, refranes,
adivinanzas, preguntas

Y OTRAS LECTURAS EN PROSA Y VERSO

ESCOGIDAS Y ORDENADAS

para instrucción y solaz de la gente menuda

~~~~~ POR ~~~~~

**ALBERTO WILLIAMS**

---

**BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS**

GURINA & Cía. - Editores

884 - Bartolomé Mitre - 888, Buenos Aires

—  
1909

## A MIS HIJOS



Conservad la pureza de vuestro idioma, si queréis  
que se os entienda.

Diéronle una sardina frita, que el chiquillo se comió, y dijo al ciego que no le habían dado nada; pero el ciego, que notó el olor de la sardina, conoció el embuste y le dió una paliza.

Siguieron andando, y el lazarillo llevó al ciego derecho hacia una esquina, contra la que se dió un tremendo encontronazo.

—¡Pícaro! exclamó el ciego.

Y el chiquillo le contestó, echando á correr:

—Y usted, que olió la sardina,  
¿Por qué no ha olido la esquina?

*Fernán Caballero.*

## 23. — EL MISMO CHASCARRILLO EN VERSO

### EL LAZARILLO Y EL CIEGO

El tío Tabardillo,  
Ciego que de pedir se mantenía,  
A una taberna dirigióse un día,  
Y díjole en la puerta al lazarillo:

*Ciego*

Entra: siempre nos da la tía Tomasa  
Algo que manducar.

Entró el muchacho,  
Y al salir dijo al ciego:

*Lazarillo*

No está en casa.

*Ciego*

¿Y no te ha dado nada?

*Lazarillo*

No.

*Ciego*

¿Ni un cacho

De sardina?

*Lazarillo*

Tampoco.

*Ciego*

Pues yo creo

Que hueles á sardina.

*Lazarillo*

¿Yo?

*Ciego*

Sin duda

Te la has comido?

Y era cierto; el chico

Quiso engañar al ciego, que tenía

El olfato muy fino; pero el viejo,

Zurrándole el pellejo,

—¡Me hueles á sardina!—le decía.

Mas siguieron andando,

Y al cruzar una calle,

El muchacho travieso

Guió tan mal al pobre Tabardillo,

Que en la esquina de enfrente se dió un beso.

Airado el ciego levantó el garrote,  
Mas el chico dió á huir, y desde lejos  
Le gritaba:—Tío zote,  
Si olió usted la sardina,  
¿Cómo asimismo no olió usted la esquina?

*Manuel del Palacio.*

## 24. — AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:—Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo:—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal-trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frisón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba.

*Miguel de Cervantes Saavedra.*

## 25. -- CANTARES MORALES

### 1.

Las glorias de este mundo  
Son transitorias,  
Pues duran mientras pasan  
Por la memoria.



2.

La espiga rica en fruto  
Se abate á tierra;  
La que no tiene un grano  
Se empina tiesa.  
Es en su porte  
Modesto el hombre sabio  
Y altivo el zote.

3.

Más vale saber que haber,  
Dice la común sentencia;  
Que el pobre puede ser rico,  
Y el rico no compra ciencia.

4.

Nadie ponga su viña  
Junto á un camino,  
Porque todo el que pasa  
Corta un racimo.  
Y de este modo  
Se la van vendimiando  
Sin saber cómo.

5.

Ninguno cante victoria,  
Aunque en el estribo esté;  
Que muchos en el estribo  
Se suelen quedar á pie .

cual le contestó que, con su afán de salir de pobre, decía :

Pico, pico,  
Por ver si me pongo rico.

Al punto regresó el rey á su palacio, y mandó hacer una torta muy grande, que hizo rellenar toda de monedas de plata, y la envió al molinero.

Cuando éste la vió tan grande y tan hermosa, le dijo á su mujer :

—Mira, mandaremos esta torta á nuestro compadre, que nos favorece mucho, y podrá favorecernos más de aquí en adelante.

Y así lo hicieron.

Al cabo de algunos días volvió el rey á pasar por allí, y se encontró al molinero tan pobre y en el mismo estado que lo halló la primera vez; el molinero estaba picando su piedra, y repitiendo siempre :

Pico, pico,  
Por ver si me pongo rico.

—¿No recibiste, le preguntó el rey, una torta que te mandé?

—Sí, señor, contestó el molinero, pero ha de saber su real majestad que tengo un compadre que me favorece, y á fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese á mi salud.

—Está visto, dijo el rey, que el que nació para pobre, por más que *pique*, no ha de salir de su estado; sabrás, hombre, como esta que te mandé estaba rellena de monedas

Dicho lo cual, se volvió á su palacio, y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de tiempo, volvió el rey á pasar por el molino, y se alegró mucho de ver que todo allí estaba muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó á la hermosa casa, oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche había muerto el molinero. Estaba de cuerpo presente, y con la particularidad de tener asido en una mano un papel que nadie le podía arrancar. Entró el rey en la estancia en que estaba el difunto, el que al punto soltó el papel que tenía asido. Desdoblólo el rey, y leyó lo siguiente:

Yo pobre lo quise,  
Tú rico lo quieres:  
Resucítalo si puedes.

En este cuento, niños míos, está representada la codicia en el afán con el que repite el molinero su *pico, pico*, y la fortuna ó suerte en la persona del rey, que á veces ayuda al codicioso en sus afanes, y al fin aparece la intervención divina en la muerte, quien con su soplo frío anula los cálculos y propósitos de los hombres, y desvanece los dones de la fortuna.

*Fernán Caballero.*

## 29. — PREGUNTAS

Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle:

—Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.

—¡Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín! y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle, después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer

dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurealco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas,

y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Piérres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro que baté las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebrá, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo:

—A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númeridos, dudosos en sus empresas; los persas, en arcsos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de

los nombres no me acuerdo. En esotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza, á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo:

—Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas (1) á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole:

—Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¡Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo á Dios!

Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:

—Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos; veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y

---

(1) Por oigas.



denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desceñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discutiendo á todas partes, decía:

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí; que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó malferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsose la á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron el ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

*Miguel de Cervantes Saavedra.*

## 32.— FABULAS

### 1.—EL PASTOR

Salicio usaba tañer  
La zampona todo el año,  
Y por oirle el rebaño,  
Se olvidaba de pacer.

Mejor sería romper  
La zampona al tal Salicio;  
*Porque si causa perjuicio,  
En lugar de utilidad,  
La mayor habilidad,  
En vez de virtud, es vicio.*

*Félix María Samaniego.*

### 2.—EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

(Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios).

Un oso con que la vida  
Ganaba un piamontés,  
La no muy bien aprendida  
Danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,  
Dijo á una mona:—¿Qué tal?—  
Era perita la mona,  
Y respondióle:—Muy mal.—

—Yo creo, replicó el oso,  
Que me haces poco favor.  
¡Pues qué! ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?—

Estaba el cerdo presente,  
Y dijo:—Bravo, ¡bien va!  
Bailarán más excelente  
No se ha visto ni verá.—

Echó el oso, al oír esto,  
Sus cuentas allá entre sí,  
Y con ademán modesto,  
Hubo de exclamar así:

—Cuando me desaprobaba  
La mona, llegué á dudar;  
Mas ya que el cerdo me alaba,  
Muy mal debo de bailar.—

Guarde para su regalo  
Esta sentencia un autor:  
Si el sabio no aprueba, ¡malo!  
Si el necio aplaude, ¡peor!

*Tomás de Iriarte.*

### 3.—EL PAJARO Y EL NIÑO

Un pajarillo  
Dieron á Blas,  
Niño travieso,  
Buen perillán.

Atale un hilo,  
Le echa á volar,  
Y el prisionero  
Quieto se está.

Blas le decía:  
—Torpe animal,  
Goza el permiso  
Que hoy se te da.

Largo de sobra  
Es el torzal;  
Vuelos bien altos  
Puedes echar.—

—No, dice el ave,  
Que en realidad  
Ese bien luego  
Tórnase mal.

Tú, de la pata  
Me tirarás,  
Siempre que el viento  
Quiera yo alzar.

No hay sino  
Que afligir  
Que me  
De

4.—DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO  
EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO

Cada quisque celebra, y es muy justo,  
Lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo digo,  
Que de una huerta picoteando el trigo,  
Así á un conejo hablaba  
Que, haciendo muecas, una col rumiaba :  
—¿No admiras ese trigo, buen conejo,  
Gordo y gentil cual castellano viejo?  
¿Quién ha visto manjar de más decoro?  
Como soy que parecen granos de oro.—  
—Aprensión, friolera, bobería,—  
El rumiador conejo respondía.  
—Siempre á mi noble raza más le plugo  
De tierna berza el agridulce jugo.—

do así despreciado

ento amado,

ente,

z más competente,

as de la huerta,

lerta;

camino:

do almuerzas

aiigo?—

trigo.—

*Campoamor.*

## 35. — CUENTO

### LAS ANIMAS

Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina, que había criado sujeta como un cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacía los mandados en casa de una comadre suya, pupilera, y entre los huéspedes que tenía había un indiano poderoso, que se dejó decir que se casaría si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa.

La vieja abrió tanto oído, y á los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa, que pintaba los pájaros en el aire.

El caballero contestó que quería conocerla, y que al día siguiente iría á verla.

La vieja corrió á su casa que no veía la vereda, y le dijo á la sobrina que asease la casa, y que para el día siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban á tener una visita.

Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabía hilar.

—¡Pues no ha de saber! dijo la tía. Las madejas se las bebe como vasos de agua.

—¿Qué ha hecho usted, señora? dijo la sobrina cuan-

do el caballero se hubo ido, después de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase. ¡Qué ha hecho usted, señora, si yo no sé hilar!

—Anda, dijo la tía, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

—¡En qué berenjenal me ha metido usted, señora! decía llorando la sobrina.

—Pues tú ve cómo te compones, respondió la tía; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando, se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres la remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad, junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo á su merced? decía la vieja, que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabía coser.

—¡Pues no ha de saber! dijo con brío la tía. Lo mismo son las piezas de costura en sus manos, que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero, lienzo para hacer tres camisas; y sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio el siguiente, en que le llevó el indiano un chaleco

de raso para que se le bordase. Sólo que á la noche, cuando estaba encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las ánimas, éstas se le aparecieron, y le dijo la una:

—No te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál? preguntó ansiosa la muchacha.

—La de que nos convides á tu boda.

—Pues qué, ¿me voy á casar? preguntó la muchacha.

—Sí, respondieron las ánimas, con ese indiano rico.

Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado, que parecía que manos no le habían tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía:

—Pero, señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir, respondió la tía; las benditas ánimas, que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse pues la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendación de sus favorecedoras, fué á un retablo de ánimas y las convidó á la boda.

El día de la boda, cuando más enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas, tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada y tenía el cuerpo torcido; y la tercera tenía los



ojos más saltones que un cangrejo, y más colorados que un tomate.

—¡Jesús María! dijo á su novia, perturbado el caballero. ¿Quiénes son esos tres espantajos?

—Son, respondió la novia, unas tías de mi padre, que he convidado á mi boda .

El señor, que tenía crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

—Dígame usted, le dijo á la primera que había entrado, ¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

—Hijo mío, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo:

—Ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!

En seguida preguntó á la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mío, contestó ésta, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano, en tres zancajadas, se puso al lado de su novia, á quien dijo:

—Ahora mismísimo quema tu bastidor, ¡y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar!

Fuése después á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y tan encarnados.

—Hijo mío, contestó ésta retorciéndolos, es de tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decía:

—Agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo; y ten entendido que el día en que te vea coser una puntada, me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

*Fernán Caballero.*

### 36. — EPIGRAMAS

1.

Troquemos suertes, amigo,  
Ya que eres tan liberal;  
Dame, Fabio, lo que ofreces,  
Quédate con lo que das.

*Francisco de la Torre.*

2.

AL DOCTOR DON JUAN PEREZ de MONTALVAN

El Doctor tú te le pones,  
El Montalván no le tienes,  
Conque quitándote el Don,  
Vienes á quedar Juan Pérez.

*Anónimo.*

3.

A la abeja semejante,  
Para que cause placer,  
El epigrama ha de ser  
Pequeño, dulce y punzante.

*Juan de Iriarte.*

4.

Silbido es la lengua inglesa,  
Es suspiro la italiana,  
Canto armonioso la hispana,  
Conversación la francesa,  
Y relincho la alemana.

*Juan de Iriarte.*

5.—REFLEXION MORAL

La calavera de un burro  
Miraba el doctor Pandolfo,  
Y enternecido exclamaba:  
¡Válgame Dios, lo que somos!

*Nicolás Fernández de Moratín.*

6

En la cabeza le dió  
Un palo Juan á Ginés;  
¿Y rompiósele? Al revés,  
El palo se le rompió.  
Ginés era aragonés.

*José Cadalso.*

7.—A UNA DAMA QUE SE ARREBOLABA A SI  
PROPIA

Lisarda, cuantos pintores,  
En su oficio consumados,  
Consiguen vér celebrados

En razones muy discretas,  
Al notar la infame acción,  
Con santa resignación,  
Y sin señales de enojo,  
—¡Quiera el cielo, dijo el cojo,  
Que le sirvan al ladrón!—

*Federico Balart.*

13.

*Negocio*: en buen castellano,  
Una especie de cadena  
Que empieza en la propia mano  
Y acaba en la bolsa ajena.

*Manuel del Palacio.*

14.

Juan á Domingo reñía  
Porque nunca trabajaba,  
Y mientras Juan se enfadaba  
El buen Domingo decía:  
—Yo no debo trabajar,  
Estoy, Juan, en mi derecho;  
Pues los *Domingos* se han hecho  
Sólo para descansar.

*Vital Aza.*

## 37. — CHASCARRILLOS

### 1.

Unos estudiantes, que iban por un camino, vieron en un cerro un pastor, y se propusieron burlarse de él.

—Tío, le gritaron, ¿ha visto usted pasar por aquí un burro?

—¿Llevaba albarda? repuso el pastor con mucha cachaza.

—Sí.

—¿Y jáquima?

—También.

—¿Y baticola?

—Sí.

—¿Y cincha?

—Sí.

—Pues no lo he visto, respondió el pastor.

### 2.

Había en Madrid un chicuelo que tenía fama de improvisar mentiras.

Un inglés, que supo la gracia del muchacho, llamóle y le dijo:

—Te doy un duro si me dices una mentira muy gorda, sin pensarla mucho.

—Si me ha ofrecido usted dos, dijo el chico con la rapidez del rayo.

—Tómalos, dijo el inglés asombrado.

3.

—Niño, ¿á dónde va este camino?, preguntó un fraile á un zagalón que estaba guardando cabras.

—Padre, este camino no va á ningún lado, se está quieto.

—¡Miren qué gracioso, hombre! ¿Cómo te llamas?

—Yo no me llamo nunca, me llaman.

—¡Ay qué simpático! Y dime hijo, en tu pueblo ¿qué hacen con los hijos de las zorras?

—Los meten á frailes.

4.

*El maestro.*—Manolito, ¿cuáles son las propiedades del calor?

*Manolito.*—Son varias, y entre otras diré que sirve para cocer el pan, hervir el agua, asar la carne.

*El maestro.*—A la cola, borrico.—Juanito, ¿cuáles son las propiedades del calor?

*Juanito.*—El calor sirve para calentar los pies cuando se enfrían.

*El maestro.*—A la cola, animal. Diego, ¿cuáles son las propiedades del calor?

*Diego.*—Son varias, pero la principal de ellas es la de dilatar los cuerpos.

*El maestro.*—Muy bien. ¿Y pudiera usted citarme algún ejemplo?

*Diego.*—Sí, señor. En verano, que hace mucho calor, los días son muy largos, y á medida que se acerca el invierno y entra el frío, se van acortando poco á poco.

### 38. — CUENTO

#### EL SOLDADO ANDALUZ Y EL TORO

##### *Soldado*

Cerca de San Sebastián  
Yo estaba de centinela,  
Sin temor y sin cautela;  
La víspera de San Juan,

Cuando observé á poco trecho  
Un toro como un gigante,  
Más grande que un elefante,  
Que vino hacia mí derecho.

Yo que en peligro me ví  
Me colé por un reducto,  
Y por el mismo conducto  
Entró el toro tras de mí.

Salgo del reducto y ¡zas!  
En una casa cercana  
Me meto por la ventana,  
Y el toro siempre detrás.

De la casa sin desdoro,  
Aunque el caso no se crea,  
Salí por la chimenea,  
Y siempre detrás el toro.

¡Qué hice entonces? me encojí  
Y me metí en el cañón  
De mi fusil.

*Uno*

¡Trapalón!

*Soldado*

Y el toro detrás de mí.  
Mas no por eso aturdido  
Quise entregarme, lo juro;  
Cuando me ví en tal apuro  
Me salí por el oído.

*Uno*

¡Válgame Cristo, qué enredo!

*Otro*

¿Pues cómo, ¡voto á Caifás!  
No salió el toro detrás?

*Soldado*

¡Porque tapé con el dedo!

*Manuel del Palacio.*

### 39. — UNA BURLA DE PABLOS

Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una: tenía doce ó trece pollos grandecitos; y un día estando dándoles de comer, co-



menzó á decir: *pío, pío*, y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije:

—¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos!

Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo:

—Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisición, porque si no estaré descomulgado.

—¿Inquisición? dijo ella y empezó á temblar: ¿Pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor, decía yo. No os burléis con los inquisidores; decid que fuístes una boba y que os desdeáis, y no neguéis la blasfemia y desacato.

Ella con el miedo dijo:

—Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?

Respondíle:

—No, porque sólo os absolverán.

—Pues yo me desdigo, dijo. Pero dime tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordáis que dijísteis á los pollos, *pío, pío*, y es Pío nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo.

Ella quedó como muerta, y dijo:

—Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia; yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme; que me moriré si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en un ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.

Ella muy contenta dijo:

—Pues, llévatelos, Pablos, agora; que mañana juraré. Yo, por más asegurarla, dije:

—Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos; que yo ¡pardiez! que temo.

—Pablos, decía cuando me oyó esto, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves; que á tí no te puede suceder nada.

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, que era lo que quería, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo:

—Mejor se ha hecho que yo pensaba; quería el familiarcito venir tras mí á ver la mujer, pero lindamente te le he engañado y negociado.

Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado sus compañeros, é hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos

con los demás criados. Supo el ama y Don Diego la maña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera; y de enojo no estuvo á dos dedos, á no tener por qué callar, de decir mis sisas.

*Francisco de Quevedo.*

## 40. — CUENTO

### TIO. CURRO EL DE LA PORRA

Había una vez un hombre que vivía alegremente, sin pensar en el día de mañana; y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital*, en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda, y sin tener más que treinta días al mes, ni qué comer más que las uñas. Por tanto, se fué poniendo con los ánimos tan caídos, que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos le decían denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel emprestado (1) á su compadre, y se fué al campo á ahorcarse; ató el cordel á un olivo, y cuando se lo iba á echar al pescuezo, se le apareció un duendecito vestido de fraile, que le dijo:

—Hombre, ¿qué vas á hacer?

—Ahorcarme, ¿no lo está viendo su merced?

—¿Con qué tú, cristiano, vas á hacer lo que hizo Judas? Quita allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa, que nunca se ve vacía, y remédiate.

---

(1) "Emprestar". Anticuado. Prestar.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro, y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más palabras y no se agotan éstas en la vida de Dios. Visto lo cual, desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta en la que se entró y empezó á pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo; y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa y se quedó más dormido que los muertos en el campo santo.

El ventero que se había enterado de que la bolsa de donde sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo á su mujer que hiciese otra semejante, le sacó la suya al tío Curro, y le puso la que su mujer había hecho, en el bolsillo.

Cuando despertó el tío Curro, se puso en camino y llegó á su casa más alegre que un día de sol.

—¡Alegraos! le gritó á la mujer y á los hijos. Aquí hay dinero largo; se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa, y la sacó vacía, la volvió á meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto, fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templa que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca, cogió el cordel y se fué á ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel á la rama del olivo.

—¿Qué vas á hacer cristiano? le dijo la voz del duendecito, que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo.

—Colgarme aquí como ristra de ajos en el techo de una cocina, contestó muy en sí el tío Curro.

—¿Con qué te ha vuelto á faltar otra vez la paciencia?

—¡Señor, si no tengo qué comer!

—Tu culpa es, tu culpa; pero... adelante. Toma este mantel, que con él nunca te ha de faltar qué comer.

Dióle el duende un mantel, y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares, que eran uno rico y otro más, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tío Curro, después de darse un hartagón de los de no puedo más, dobló su mantel y se fué á su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó á dormir. El ventero que lo reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traería, y birlándole el mantel con el salero del mundo, le puso otro en su lugar.

Cuando llegó á su casa les gritó á la mujer y á los hijos:

—Vamos, vamos á comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar.

En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares, se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todos colores.

¡Ahí fué ella! Madre é hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro cogió el cordel y se fué á ahorcar.

El que se había de ahorcar, y el frailecito que no. Le dió éste una porrita, asegurándole que con ella todo el mundo le dejaría el alma quieta, y que no tenía más que

decirle: *Porrita descomponete*, para que todos echasen á correr y le dejasen en paz y á sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino de su casa, con su porra, más en sí que un alcalde en su vara, y apenas vió venir hacia él á los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer á su madre, cuando le dijo á su porra: *Porrita descomponete*. No bien lo hubo dicho cuando empezó la porrita á sacudir trancazos á los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos. *A ella, porrita*, dijo el tío Curro, *á ella y con coraje*, y tal felpa le dió la porrita, que la mató.

Avisaron á la justicia, y se presentó el alcalde con los alguaciles. *Porrita descomponete*, dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó á sacudirles tales cachiporrazos, que cada uno valía un duro; de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron á correr, que suela no les quedó bajo los pies.

Mandóse un propio al rey, avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tío Curro el de la porra. No bien éste lo vió venir, cuando dijo: *porrita descomponete*, y la tiró en medio de las filas. Empezó ésta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán: á aquel dejó cojo, á aquel manco, al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron á correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado, el tío Curro se echó á dormir, guardándose la porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado, y que se lo llevaban á la cárcel, donde le fué leída su sentencia, que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozó, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entonces su porrita y dijo: *porrita, descomparte*, y se la tiró al verdugo, que quedó muerto á cachiporrazos.

—Que suelten á ese hombre, dijo el rey, porque si no, va á acabar con todos mis vasallos; decidle que le doy un estado en América con tal que se largue.

Así sucedió; le dió su majestad un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita, que le quedó por nombre *Matanzas*.

*Fernán Caballero.*

## 41. — LA CONDICIÓN

Al regresar del otero,  
Lleno de gozo y cariño  
Les dió á una niña y un niño  
Dos pájaros un cabrero.  
Dándole un beso primero,  
La niña al suyo soltó;  
Al pájaro que quedó  
No se le pudo soltar,  
Porque el niño, por jugar,  
El cuello le retorció.

*Ramón de Campoamor.*

## 42.— FABULA

### EL BURRO FLAUTISTA

(Sin reglas del arte, el que en algo acierta,  
acierta por casualidad).

Esta fabulilla,  
Salga bien ó mal,  
Me ha ocurrido ahora  
Por casualidad.

Cerca de unos prados  
Que hay en mi lugar  
Pasaba un borrico  
Por casualidad.

Una flauta en ellos  
Halló que un zagal  
Se dejó olvidada  
Por casualidad.

Acercóse á olerla  
El dicho animal;  
Y dió un resoplido  
Por casualidad.

En la flauta el aire  
Se hubo de colar,  
Y sonó la flauta  
Por casualidad.

—¡ Oh! dijo el borrico  
¡ Qué bien sé tocar!  
¡ Y dirán que es mala  
La música asnal?—



Sin reglas del arte  
Borriquitos hay  
Que una vez aciertan  
Por casualidad.

*Tomás de Iriarte.*

## 43. — CHASCARRILLOS

### 1.—LA COL Y LA CALDERA

Un muchacho gallego, que estaba en Sevilla sirviendo en una tienda de comestibles, era íntimo amigo de un gitano calderero, á quien siempre que con él salía á pasear ponderaba la fertilidad de Galicia. Sus frondosos bosques; sus verdes praderas, cubiertas de abundante pasto, donde se crían y ceban hermosos becerros y lucias vacas que dan mantecosa leche; y la rica copia de flores, frutas y hortalizas que hay allí por donde quiera, valían mucho más, según el gallego, que los áridos cortijos, que las estériles llanuras sin árbol que les preste sombra y sin chispa de hierba, y que los sombríos olivares y viñedos de Andalucía.

Entusiasmado cierto día el galleguito, comparando la ruindad y pequeñez de las plantas andaluzas con la lozanía y tamaño colosal de las de su tierra, llegó á hablar de una col que había crecido en un huertecillo cultivado por su padre. La col acabó por tener tales dimensiones que, en el rigor del estío venía una manada de carneros

á sestear á su sombra y á guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Mucho celebró y admiró el gitano la magnificencia de la col gallega y no pudo menos de confesar que el suelo andaluz era harto menos fértil y generoso en lo tocante á coles.

—Por eso, decía el gitano, si los andaluces siguiesen mi consejo, desecundarían la agricultura y se dedicarían á la industria, que empieza ya á estar muy en auge. Por ejemplo, en Málaga, donde hace poco tiempo que estuve yo para cierto negocio, ví, en la ferrería del señor Leria, una caldera que estaban fabricando, y que es verdaderamente un asombro. ¡Jesús! Yo no he visto nada mayor. Figúrese usted que en un lado de la caldera había unos hombres dando martillazos y los que estaban en el lado opuesto no oían nada.

—¿Pero, hombre, dijo el gallego, para qué iba á servir esa caldera tan enorme?

—Para qué había de servir, contestó el gitano: para cocer la col que su padre de usted ha criado en el huerto.

*Juan Valera.*

## 2.—LA CAPA DEL MAYORDOMO

Había un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado, como á la oveja; de manera que no tenía capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frío, ¿qué hace? Sin decir chuz ni muz ni chaque burraque, cogió dinero del fondo

de las ánimas y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedía que no daba un paso que no le tirasen un tirón de la capa, y por más que miraba no veía quién; no bien se la cubría sobre el hombro izquierdo, cuando la tenía caída del hombro derecho; de conformidad que, sin estarlo, llevaba planta de borracho: por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino con esta helera y haciendo sumarios de lo que aquello podría ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la Hermandad del Santísimo, que venía tan recompuesto, llevando la calle y diciendo: *Yo soy, yo soy.*

—¿Qué tiene usted, compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay días que lo veo tan *pardilloso*?

—¿Qué he de tener?, contestó éste subiéndose la capa por el hombro derecho, mientras se le escurría por el izquierdo; ha de saber usted que á entradas de invierno me hallé apuradillo; había sembrado un pegujar y no le ví el color; mi mujer tuvo dos niños, cuando uno que hubiese tenido estaba de más donde hay otros nueve; esto le costó una enfermedad, y á mí los ojos de la cara; en fin, me ví pegado á la pared como salamanquesa y con más hambre que un ministro; de manera que no tuve más remedio que *emprestarle* (1) á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando

---

(1) "Emprestar". Anticuado. Prestar.

de ella: tirón por aquí, jalón por allá; ni con dos clavos timoneros se me quedaría sujeta en los hombros.

—Su culpa de usted es, compadre, respondió el otro. Si usted *emprestase* á un señor poderoso, grande y dádovoso como yo, no había de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* usted de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?

*Fernán Caballero.*

### 3.—LO MEJOR DEL PUEBLO

Visitaba cierto viajero inglés un pueblo de Andalucía, sirviéndole de *cicerone* un hijo del sacristán.

El inglés había recorrido todo cuanto había de no-  
... entraron en la

y cuando llegaron al término de éste, el inglés, que era un consumado pianista, sentóse ante el órgano con intención de interpretar en él alguna obra musical, y ver si eran ciertas las alabanzas que su guía tributaba al instrumento.

¡Vea usted ahí, vea usted ahí, lo que es bueno, insistió éste, ¿es cierto lo que digo? ¿no es una alhaja?

Y el inglés, que por más esfuerzos que hacía no lograba sacar ni el más leve sonido de aquel armatoste, repuso:

—¡Oh! si será, pero no toca.

—¡Ay, que gracioso! pero si esto tocara... ¿habría otro igual en el mundo?

#### 44. — PREGUNTAS

## 46. — CUENTO

### ECONOMIA

El tío del puesto de libros había observado la curiosidad del joven que se detenía todas las mañanas á leer títulos de las obras en venta.

Se pasaba las horas repasando los libros. Algunas veces los sacaba de los estantes, leía las portadas, miraba por dentro de las cubiertas, y volvía á dejar el tomo de á peseta en su sitio, con gran cuidado.

Era un muchacho de aspecto modesto, vestido con suma sencillez. Un día, en que llovía mucho, el tal se detuvo como siempre delante del puesto, y la mujer del librero que ya le conocía, salió á la puerta y se atrevió á decirle:

—¿Pero por qué no abre usted el paraguas que tiene debajo del brazo?

El muchacho le respondió:

—¡Porque se estropea!

—¡Qué estudiante más raro!—decían allá en la tienda marido y mujer.

Porque sin duda ninguna era estudiante.

Siempre venía en la dirección de la calle de San Bernardo á la hora en que se acababan las clases, con varios libros en manos y bolsillos. Y las dos ó tres veces que compró libros en el puesto fueron de los que sirven de texto en la Universidad Central.

Pues una tarde, en vez de detenerse á leer en los lomos de las obras expuestas en la acera, el joven desco-

nocido entró resueltamente en la tienda, y dirigiéndose al amo, le dijo con suma cortesía:

—Muy buenas tardes. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, ¿y usted?

—Muy bien, muchas gracias.

—¿Y en qué puedo servir á usted?

El estudiante, después de mirar en derredor como quien busca algo dijo:

—¿Tiene usted el *Tratado de Economía política* de...? (y dió el nombre del autor del libro que buscaba).

—Sí, señor; tengo un ejemplar muy hermoso, encuadernado á todo lujo.

Fué á buscarlo á la trastienda y lo trajo.

Estaba, en efecto, primorosamente empastado en *chagrín* con los cantos dorados.

Al estudiante le gustó mucho.

—¿Cuánto vale?—le preguntó.

—Por ser para usted, que ya es parroquiano, se lo pondré en setenta reales.

El comprador miró y remiró el ejemplar por todos lados, empleando en ello mucho tiempo.

—En efecto, es hermoso, pero es muy caro para mí. Si tuviera usted otro, aunque fuese de menos lujo...

—Sí, señor; tengo aquí otro con pasta española, nueva, que para manejarlo á diario es muy útil. Vea usted, parece que se ha empastado ayer.

Vuelta á mirarlo, y á volver á mirar, y á examinar si le faltaba alguna hoja...

—No, no le faltaba nada, es el *Tratado de Economía* completo. Este se lo pondré á usted en cincuenta reales, y es regalado.

El estudiante suspiró.

—No, no puedo tampoco gastar eso. ¿No tiene usted uno en rústica?

El librero, ya un poco nervioso, arrojó el tomo sobre el mostrador y dijo:

—¡Si hubiera usted empezado por ahí!... Sí, señor, lo tengo en rústica al precio corriente de los libros de texto.

—El precio corriente es el que ponen en las librerías. Como esto es un puesto de libros, ya me lo dará usted en algo menos.

—Bueno, no hay inconveniente; su precio es treinta reales, y para que vea usted que quiero vender, se lo pongo á usted en un duro. ¡Lo que es ahora no tiene usted nada que decir!

—Es verdad; pero este ejemplar en rústica está nuevo.

—¡Y tan nuevo!

—¿Y no tendría usted uno usado?

El librero ya tembloroso:

—Tengo uno muy viejo, mírelo usted; este se lo doy á usted en catorce reales.

—¿No le falta nada?

—¡Nada!

El estudiante, después de mirarlo con la calma acostumbrada, lo dejó sobre un montón de libros, y dijo:

—Vamos, que ya tendrá usted uno más usado que



éste... aunque le falten las cubiertas, ó la portada, no importa, con tal de que lo demás se pueda leer... á ver si encuentra usted uno más barato...

El librero pálido, con los ojos feroces, cogió al estudiante por el brazo, le puso en el arroyo, y le dijo:

—¡¡Vaya usted con Dios, y no me estudie usted economía, que ya sabe usted bastante!!

*Eusebio Blasco.*

## 47. — FABULA

### LOS DOS CONEJOS

(No debemos detenernos en cuestiones frívolas, olvidando el asunto principal).

Por entre unas matas,  
Seguido de perros,  
No diré corría,  
Volaba un conejo.

De su madriguera  
Salió un compañero,  
Y le dijo:—Tente,  
Amigo; ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? responde,  
Sin aliento llego.  
Dos pícaros galgos  
Me vienen siguiendo.

—A una mariposa de alas verdes, recamadas de oro, á quien ví ayer revolar, entre rayos de sol, en la cercana arboleda... y que no me mira con malos ojos.

—Señor grillo, se me figura que la tal mariposa es... *grilla*.

—¡No crea usted!

—¿Pues sabe usted lo que yo digo? Que si fuese cierto, esa señorita mariposa merecería estar... con *grillos*.

—¡Señor moscardón! me parece que no le vendría á usted del todo mal un poco de buena crianza.

—¿Se ha resentido su alteza?

—¡Bueno!... ¡Expresiones en casa!

—¡No! ¡Si no me voy! Quiero cantarle á usted las verdades del barquero...

—¡Dios me dé paciencia!

—¡Mire usted que pasarse las noches importunando á todo el mundo con su agrio chirrido! Los pájaros están que trinan: dicen que no les deja usted dormir.

—No debe ser tan desagradable mi canto, cuando hasta las estrellas bajan del cielo para oirme.

—¿Las estrellas? ¿Ha visto usted las estrellas? ¡Vaya! Algún escarabajo que le habrá dado á usted un pisotón, y...

—No son ilusiones; las he visto aproximarse á mí, rayando de oro la negrura de la noche.

—Entonces las ha confundido usted con las luciérnagas aladas.

—No se trató de luciérnagas, señor moscardón, sino de estrellas reales... Pero, ¿me quiere usted hacer el

favor de dejar de zumbarme en los oídos y de dejarme dormir la siesta?

—No le suelto á usted hasta que no aparezcan las estrellas; de todos modos, nada tengo que hacer.

—Pues me da usted una noticia muy agradable.

—¿Y vienen aquí todas?

—Todas, no.

—¡Hola! ¿y las demás?

—Las demás han sido contratadas por las hadas del valle de las rosas.

—¿Para qué?

—Para bordar con hebras de luz de estrella un arroyuelo que como ancha cinta de seda azul atraviesa el valle.

—¡Qué me cuenta usted!

—¡Viera usted que prodigio! Verdad que andan en ello manos de hada; no sólo bordan el arroyuelo con hebras de luz de estrella, sino con hebras de luz de sol.

—¿Y para qué?

—Parece que se casa una de las hadas con un príncipe negro de la Nubia, y quieren que entre los adornos del valle figure esa maravilla... ¡Oh! ¡vaya! Será una fiesta muy lucida y muy bella, señor moscardón. Acudirá todo el mundo alado; las mariposas están preparando ya sus trajes de raso más brillantes. Esta mañana, un mirlo amigo mío, muy madrugador, vió flotar en el azul del cielo algo que le pareció una nubecilla blanca, pero resultó ser el velo de novia que ha traído de oriente el céfiro.

—Pues iremos á la fiesta.

—Dudo mucho que le admitan á usted.

—¿No pertenezco al mundo alado?

—Se trata del mundo elegante, y usted es muy tosco y muy feo; las mariposas se desmayarían al ver su facha.

—Pues me quedaré con el sentimiento de no poder admirar ese arroyuelo famoso.

—Se me ocurre una idea. Vaya usted ahora.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—A tres leguas escasas. No tiene usted más que seguir ese camino hondo que se divisa desde las tapias de la huerta, y el olor de las rosas le indicará donde está el valle, si no entiende usted de geografía.

—Bueno, pues hasta la vuelta, señor grillo.

—Buen viaje, señor moscardón.

—Voy á ver esa maravilla.

—Y yo á dormir la siesta.

Empezaba á estrellarse el cielo, cuando apareció de nuevo el moscardón ante el tiesto de claveles.

—Señor grillo, dijo echando chispas, me ha engañado usted miserablemente; he estado en el valle de las rosas...

—¿Y no ha visto usted el arroyo?

—Sí, pero es como todos los demás.

—¿Qué escucho! ¿No está bordado, señor moscardón?

—No tal.

—Entonces ya sé lo que ha sucedido; como ha llovido torrencialmente esta mañana, se ha *desbordado*.

Casimiro Prieto.

## 51. — LOS DOS PERROS

Una tarde de verano,  
Con un ambiente que abrasa,  
Encuéntranse mano á mano  
Un perro de buena casa  
Y el perro de un artesano.

Sin mediar presentación,  
Con muy buena educación,  
Al punto un diálogo entablan;  
Que también los perros hablan  
Cuando llega la ocasión.

—¡Vaya un día compañero!

—Hace un calor regular.

—¡De cuarenta sobre cero!

Madrid es un chicharrero  
Que no se puede aguantar.

—No tanto.

—¿Cómo que no?

Si aquí se asfixia la gente.

Yo no lo sufro.

—Pues yo

Sudo un poco, y se acabó.

Lo paso admirablemente.

—Como en verano he salido

A baños todos los años

Y este año no se ha podido,

Echo de menos los baños

Y eso me tiene aburrido.

¿Tú te bañas?

—Sí señor;

En cuanto aprieta el calor.

¡Sí es la cosa más sencilla!

Me hacen siempre ese favor

Los mangueros de la Villa.

Antes de que el sol me escalde,

En cuanto veo una manga,

Quiera ó no quiera el alcalde,

Voy y me baño de balde.

¡Ya ves tú si es una ganga!

—Apruebo tu decisión.

Tú lo haces sin aprensión

Y no se te da un ardite.

Pero á mí la posición

Social no me lo permite.

—¿De quién eres?

—De un marqués,

No creas que de un cualquiera.

Yo soy un perro danés.

—¿Qué eres danés? ¿Y eso qué es?

—Que soy de raza extranjera.

—Yo aquí y en Sebastopol

Siempre á todo me acomodo,

Y aguanto el frío y el sol.

No hay como ser español

Para estar uno hecho á todo.

—¿Quién es tu dueño?

—Un servil

Que vive de su trabajo.

—¿Qué oficio tiene?

—Albañil.

—¿Albañil? Oficio vil.

—¿Cómo vil?

—Oficio bajo.

—Poco á poco, compañero.

El señor Juan, al que quiero

Como al Dios omnipotente,

Podrá no tener dinero,

Pero es honrado y decente.

¿Oficio bajo has llamado

Al suyo? ¡Valiente error!

¡Si trabaja en un tejado!

Ya ves tú si es elevado

El puesto de mi señor.

—¿Viviréis mal?

—¡Qué ocurrencia!

Vivimos con gran decencia

Los tres en nuestra casita,

Muy pequeña y muy limpita,

En la Ronda de Valencia.

Ellos pagan ¿cómo no?

Mi amor con dulce cariño;

Pues recuerdan lo que yo

Jugué con el pobre niño

Que hace un año se murió.

—¿Y comer?...

—Ya habrás notado

Que estoy sano y bien nutrido.

Nunca, hasta hoy, me ha faltado.

Mi gran plato de cocido  
Y mi ración de guisado.  
¡Si los dos me quieren mucho!

—¿Qué escucho?

¿Comes lo que ellos?

—¿Te choca?

¡Si para dárselo al *chucho*  
Se lo quitan de la boca!  
¡Si son más buenos que el pan!  
El ama y yo le llevamos  
La comida al señor Juan,  
Y en cuanto las doce dan  
Los tres juntos nos sentamos.  
Abre la *señá* Manuela  
El cesto de la comida,  
Y el olorcillo consuela.  
¡Me atizo cada cazuela  
De sopas que dan la vida!  
—Yo como en la cuadra.

—¡Horror!

—Me sirve el lacayo, Andrés.

—¡En la cuadra!

—¡Sí, señor!

—¡Pues lujoso comedor  
Te proporciona el marqués!  
—Allí me paso encerrado  
La vida.

—¡Qué disparate!



—¡Hoy soy feliz! ¡Me he escapado!  
¿A tí nunca te han atado?  
—¿Quién? ¿A mí? ¡No hay quien me ate!  
No hay quien el salir me impida.  
—Serás feliz de ese modo.  
—¿No he de serlo? ¡Es la gran vida!  
Tengo cariño y comida,  
Y libertad sobre todo.  
Voy con el amo á jugar  
En cuanto el trabajo deja,  
Y en las fiestas de guardar  
Nos vamos á merendar  
A la Fuente de la Teja.  
Me mimam como á un cachorro;  
¿Si no hay vida más dichosa!  
¿Lo que yo allí salto y corro!  
¿Por cierto que en un ventorro  
Hay una perra preciosa.  
—¿Es guapa?  
—¡Claro que sí!  
—Si otro día me escapase...  
—¡Quiá! No sirve para tí  
Es una perrita así,  
Artesana de mi clase.  
Vaya, adiós, que dan las siete,  
Y ahora saldrán del trabajo.  
Allí viene un guardia. ¡Véte!  
¡Abur!  
Y como un cohete  
Eché á correr calle abajo.

11.

Al que de ajeno se viste, en la calle lo desnudan.

—Refrán con que se advierte que quién se atribuye prendas ó cosas que no son suyas, se expone á verse despojado de ellas en cualquier parte, ó á la hora menos pensada.

12.

Quien no te conozca que te compre.

—Refrán que denota haberse conocido el engaño ó malicia de alguno.

## 53. — CHASCARRILLOS

### 1.—QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que había feria.

—¿Cómo haríamos para divertirnos?—dijo el uno al pasar por una huerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria.

—Ya dí con el medio, contestó otro de los tres. Ponédme á la noria y llevaos el borrico, que venderéis en seguida en el Rastro.

Como fué dicho fué hecho.

Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico, se paró el que había quedado en su lugar.

—¡Arre! gritó el hortelano, que trabajaba á alguna distancia.

El borrico improvisado no se movió, ni sonó la esquila.

El hortelano subió á la noria, y ¡cuál no sería su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante!

—¿Qué es esto? exclamó.

—Mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico; pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento, y he vuelto á mi primitivo sér.

El pobre hortelano se desesperó; pero ¿qué había de hacer? Le quitó los arreos, y le dijo que se fuese con Dios.

En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio borrico; apenas lo vió, cuando hechó á correr exclamando: *Quien no te conozca que te compre.*

*Fernán Caballero.*

## 2.—EL MISMO CHASCARRILLO REFERIDO POR OTRO AUTOR.

*Quien no te conozca que te compre.*

No nos atrevemos á asegurarlo, pero nos parece y queremos suponer que el tío Cándido fué natural y vecino de la ciudad de Carmona.

Tal vez el cura que le bautizó no le dió el nombre de Cándido en la pila, sino que después todos cuantos le

conocían y trataban le llamaron Cándido porque lo era en extremo. En todos los cuatro reinos de Andalucía no era posible hallar sujeto más inocente y sencillote.

El tío Cándido tenía además muy buena pasta. Era generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Como había heredado de su padre una haza, algunas aranzadas de olivar y una casita en el pueblo, y como no tenía hijos, aunque estaba casado, vivía con cierto desahogo.

Con la buena vida que se daba se había puesto muy lucio y muy gordo.

Solía ir á ver su olivar, caballero en un hermosísimo burro que poseía; pero el tío Cándido era muy bueno, pesaba mucho, no quería fatigar demasiado al burro y gustaba de hacer ejercicio para no engordar más. Así es que había tomado la costumbre de hacer á pie parte del camino, llevando el burro detrás asido del cabestro.

Ciertos estudiantes sopistas le vieron pasar un día en aquella disposición, ó sea á pie, cuando iba ya de vuelta para su pueblo.

Iba el tío Cándido tan distraído que no reparó en los estudiantes.

Uno de ellos que le conocía de vista y de nombre y sabía sus cualidades, informó de ellas á sus compañeros y los excitó á que hiciesen al tío Cándido una burla.

El más travieso de los estudiantes imaginó entonces que la mejor y la más provechosa sería la de hurtarle el borrico. Aprobaron y hasta aplaudieron los otros, y puestos todos de acuerdo, se llegaron dos en gran silencio, aprovechándose de la profunda distracción del tío Cándido, y desprendieron el cabestro de la jáquima. Uno

de los estudiantes se llevó el burro, y el otro estudiante, que se distinguía por su notable desvergüenza y frescura, siguió al tío Cándido con el cabestro asido en la mano.

Cuando desaparecieron con el burro los otros estudiantes, el que se había quedado asido al cabestro tiró de él con suavidad. Volvió el tío Cándido la cara y se quedó pasmado al ver que en lugar de llevar el burro llevaba del diestro á un estudiante.

Este dió un profundo suspiro, y exclamó:

—Alabado sea el Todopoderoso.

—Por siempre bendito y alabado,—dijo el tío Cándido.

Y el estudiante prosiguió:

—Perdóneme usted, tío Cándido, el enorme perjuicio que sin querer le causo. Yo era un estudiante penden-ciero, jugador, aficionado á mujeres y muy desaplicado. No adelantaba nada. Cada día estudiaba menos. Enojadí-simo mi padre me maldijo, diciéndome: eres un asno y debieras convertirte en asno.

Dicho y hecho. No bien mi padre pronunció la tremenda maldición, me puse en cuatro pies sin poderlo remediar y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma y condición asnales, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha intercedido con Dios por mí, y en este mismo momento, gracias sean dadas á su Divina Majestad, acabo de recobrar mi figura y condición de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia, pero se compadeció del estudiante, le perdonó el daño causado y le dijo que fuese á escape á presentarse á su padre y á reconciliarse con él.

No se hizo de rogar el estudiante, y se largó más que de prisa, despidiéndose del tío Cándido con lágrimas en los ojos y tratando de besarle la mano por la merced que le había hecho.

Contentísimo el tío Cándido de su obra de caridad se volvió á su casa sin burro, pero no quiso decir lo que le había sucedido porque el estudiante le rogó que guardase el secreto, afirmando que si se divulgaba que él había sido burro lo volvería á ser ó seguiría diciendo la gente que lo era, lo cual le perjudicaría mucho, y tal vez impediría que llegase á tomar la borla de Doctor, como era su propósito.

Pasó algún tiempo y vino el de la feria de Mairena.

El tío Cándido fué á la feria con el intento de comprar otro burro.

Se acercó á él un gitano, le dijo que tenía un burro que vender y le llevó para que le viera.

Qué asombro no sería el del tío Cándido cuando reconoció en el burro que quería venderle el gitano al mismo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante. Entonces dijo el tío Cándido para sí:

—Sin duda que este desventurado, en vez de aplicarse, ha vuelto á sus pasadas travesuras, su padre le ha echado de nuevo la maldición y cátales ahí burro por segunda vez.

Luego, acercándose al burro y hablándole muy quedito á la oreja, pronunció estas palabras, que han quedado como refrán:

—Quien no te conozca que te compre.

*Juan Valera.*

### 3.—MILAGRO DE LA DIALECTICA

De vuelta á su lugar cierto joven estudiante muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato escondió uno con ligereza. Luego preguntó á su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

El padre contestó:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano diciendo:

—¿Y ahora cuántos hay?

El padre volvió á contestar:

—Dos.

—Pues entonces—replicó el estudiante,—dos que hay ahora y uno que había antes suman tres. Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo, se quedó atortolado y no atinó á desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba á afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se le comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo á su sabio vástago:

—El tercero cómetelo tú.

*Juan Valera.*

## 54. — FABULAS

### 1.—EL ASNO Y EL CABALLO

—¡ Ah, quien fuese caballo!  
Un asno melancólico decía,  
Entonces sí que nadie me vería  
Flaco, triste y fatal como me hallo.

Tal vez un caballero  
Me mantendría ocioso y bien comido;  
Dándose su merced por muy servido  
Con corvetas y saltos de carnero.

Trátanme ahora como vil y bajo;  
De risa sirve mi contraria suerte;  
Quien me apalea más, más se divierte,  
Y menos como, cuando más trabajo.

No es posible encontrar sobre la tierra  
Infeliz como yo.—Tal se juzgaba,  
Cuando al caballo ve como pasaba  
Con su jinete y armas á la guerra.

Entonces conoció su desatino;  
Rióse de corvetas y regalos,  
Y dijo:—Que trabaje, y lluevan palos,  
No me saquen los dioses de pollino.

*Félix María Samaniego.*



## 2.—LOS HUEVOS

(No falta quien quiera pasar por autor original, cuando no hace más que suprimir con corta diferencia lo que otros muchos han dicho).

Más allá de las islas Filipinas  
Hay una, que ni sé cómo se llama,  
Ni me importa saberlo, donde es fama  
Que jamás hubo casta de gallinas,  
Hasta que allá un viajero  
Llevó por accidente un gallinero.  
Al fin fué tal la cría, qua ya el plato  
Más común y barato  
Era de huevos frescos, pero todos  
Los pasaban por agua, que el viajante  
No enseñó á componerlos de otros modos.

Luego de aquella tierra un habitante  
Introdujo el comerlos estrellados.  
¡Oh qué elogios se oyeron á porfía  
De su rara y fecunda fantasía!  
Otro discurre hacerlos escalfados.  
¡Pensamiento feliz! Otro rellenos.  
¡Ahora sí que están los huevos buenos!  
Uno después inventa la tortilla  
Y todos claman ya: ¡Qué maravilla!  
No bien se pasó un año  
Cuando otro dijo:—Sois unos petates;  
Yo los haré revueltos con tomates.—  
Y aquel guiso de huevos tan extraño

Con que toda la isla se alborota,  
Hubiera estado largo tiempo en uso,  
A no ser porque luego los compuso  
Un famoso extranjero á la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros:  
Pero ¡qué condimentos delicados  
No añadieron después los reposteros!  
Moles, dobles, hilados,  
En caramelo, en leche,  
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores  
Y los últimos huevos los mejores.  
Mas un prudente anciano  
Les dijo un día:—Presumís en vano  
De esas composiciones peregrinas.  
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!—

¡Tantos autores nuevos  
No se pudieran ir á guisar huevos  
Más allá de las islas Filipinas?

*Tomás de Iriarte.*

### 3.—LA SOBRIEDAD DEL GATO

—Bebe agua pura, como yo, borracho,  
Dijo el gato al mosquito.  
¡Cómo tu paladar halla exquisito  
Ese indecente y pérfido calducho,  
De cuyo olor no más tomo yo empacho?—  
—¡De manera que usted, según escucho,  
Contestó al miz el músico de oreja,  
Sólo el vinillo deja,

Porque la tal bebida no le agrada?  
Pues yo también, sin ponderarlo nada,  
Ese mérito igualo peregrino.  
Si usted no cata el vino,  
Yo no como ratones, camarada.—

*Juan Eugenio de Hartzenbusch.*

#### 4.—QUIEN MAS SUBE MAS SE EXPONE

Subió un muchacho á un álamo crecido,  
Y otros dos desde abajo se burlaban,  
Porque al chico miraban  
De elevarse hasta el fin arrepentido.  
Bajó, pues, el primero avergonzado,  
Y el segundo, más ágil, más osado,  
Como ligera pluma  
Trepó más alto con presteza suma;  
Pero al poner el pie en una aspereza,  
Resbalóse y cayó, por maravilla,  
Sin romperse siquiera una costilla,  
También con gran presteza.

Entonces el tercero,  
De intrepidez mayor haciendo alardes,  
Trató al uno y al otro de cobardes  
En tono pendenciero,  
Y dijo, aligerándose de ropa:  
—Me reiré de los dos desde la copa.—

La ambición del rapaz cumpliése al cabo:  
De vanidad henchido como un pavo  
A la cima del árbol se encarama;  
Pero á tan débil rama asirse quiso,  
Que desgarró la rama,  
Y exhalando en el aire un grito ronco.  
Se estrelló de improviso  
La desnuda cabeza contra un tronco,  
Perdiendo al punto el infeliz su vida:  
*Tema, quien mucho sube, una caída.*

*Ventura Ruiz Aguilera.*

## 55. — PREGUNTAS

## 56. — ESCENA INFANTIL

—Ea, hijos, á comer.

—¡Qué torpe eres, Colorina! Antes de llamar á comer se espuma la olla y se escudilla.

—Pues, mira, hazlo tú mejor.

—Ya se ve que sí.

—¿Con qué no tiene caldo el puchero?...

—Y eso, ¿qué le hace, boba? ¿No sabes que todo es mentirijillas?

—Pues mejor: no juego.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

Y un corro de niñas y niños, que sentados sobre la yerba bajo el nogal de la tía Levítico jugaban á casitas, irguier

todo un tribuno en miniatura y con faldas, reunióse en torno del improvisado pastor.

—Sí, sí, á misa, vamos á misa, contestaron todos.

Momentos después arrodillábanse de uno en uno ante el tronco del moral, ellas tocadas las cabecitas con sus pañuelos de bolsillo y con una grande hoja de parra en la mano por abanico, y ellos cubiertas las espaldas con los suyos á guisa de capa, y todos murmurando oraciones, persignándose, y dándose golpes de pecho desatentadamente. Un regordete, de unos ocho años de edad, hacía que tiraba de una soga, remedando con la voz el *tan tan* de la campana.

—*Mia*, (1) Colorina; *Patalón* (2) hace carazas, dijo con suma gracia una pequeñina, de cinco á seis años, hermosa como un querubín.

—Pantaleón, quieto. ¿Cuándo has visto tú que en misa se ría de nadie?

—¡*Maalena* (3) es una acusona, es una acusona! cen-  
cerreaba el travieso Pantaleón, tanto que la niña se levantó, y medio haciendo un puchero:

—Me voy, dijo.

El ejército perdió su gravedad y religiosa compostura; las mantillas y capas, convertidas en *mocadores*, ocuparon los bolsillos de sus dueños, y cuando nadie sabía en qué entretenerse, propuso Pantaleón el juego de la *Herradura*, que fué aceptado con júbilo.

---

(1) Por mira.

(2) Por Pantaleón.

(3) Por Magdalena.

Interpolados niños y niñas, y cogidos de las manos, formaron corro. Pantaleón quedó en el centro, y tocando, por su orden, á los que le tenían prisionero, dijo:

Herradura

Para la mula ;

Clavo, clavo

Para el caballo ;

Cinta de oro

Para el moro ;

Cinta de plata

Para la infanta ;

Tu-tu-ru-tu

*Que te vayas tú.*

Y aquel pecho tocaba al recitar el último verso, corría á esconderse ; estrechábase entonces el círculo, y se repetía la función. Escondidos todos, sentóse la Colorina sobre la yerba ; Pantaleón sepultó en su falda la cabeza para no ver los escondites, púsose á gritar la guardiana, tirando al niño de las orejas :

Conejitos á la huerta

Que la zorra se me suelta,

Que se me va,

Que se me va.

¡ Ya se me ha ido !

Y Pantaleón partió como un cohete en busca de los ocultos conejos. Los que escapaban de sus uñas y po-

dían tocar el tronco del moral, eran salvos. El pícaro Pantaleón los dejó ir á todos, esforzándose por atrapar á Magdalena. La pobre niña corría por aquella huerta, encendida como una rosa y sudando como un cavador; las coles y lechugas doblaban el cuello bajo aquellos cuatro triscadores y diminutos pies, sus verdugos. Pantaleón tocaba ya el vuelo de las fugitivas faldas, cuando

—Muchachos, chiquillos, ¡estáis locos!, gritó una mujer alta, de apacibles y bien parecidas facciones, de sonrisa incesante y aseado aspecto, que cosía en uno de los balcones corridos de la casa.

—¡Jesús, qué enemigos malos!, decía, bajando á la huerta. No van á dejar hortaliza. Pantaleón, ven aquí, que te he de matar, te he de matar.

Y el niño, en vez de atrapar á Magdalena, que estaba á su alcance, tanto crédito le merecían las amenazas de su madre, que se arrojó en sus brazos y la cubrió de besos.

La madre matona guardó en su lengua tan feroces propósitos, y levantando en alto al hijo de sus entrañas, le llamó rey, sol, príncipe y otras mil divinas tonterías, que toda madre aprende en el libro de su corazón.

*Fernán Caballero.*



## 57. — CUENTO

### EL REGALO DE LOS REYES

#### I.

—¡Papá, papá! Aquí están los zapatos.

—Bueno, vengan. ¿Dónde queréis que los ponga, en el balcón ó en la chimenea?

—¡En el balcón!

—¡En la chimenea!

—¡En el patio!

—¡Eh! ¡Alto ahí! Fijémonos bien. Yo creo que será mejor ponerlos en la chimenea, porque mañana temprano hará frío y será peligroso asomarse al balcón ó salir al patio á buscar el regalo de los Reyes Magos; ¿no os parece que tengo razón?

—Como usted quiera.

—Conformes. Vamos á ver, vamos á ver. Es indudable que los Reyes no saben vuestros nombres y que van á repartir lo que traigan, á ciegas, *al buen tum tum*, como dice la criada, y como ha dicho un diputado el otro día en pleno Parlamento.

—¡Es verdad!

—Así es que yo quisiera que en cada zapato dejáramos un papel con el nombre del dueño. ¿Eh?

—Sí, señor, sí; voy por papel y pluma.

—¡Anda!

—Y diga usted, papá, ¿nos dejarán lo mismo que el año pasado?

—No me acuerdo que fué.

—Al despertarnos y buscar los zapatos encontramos un caballo para Fernando, un tambor para Ernesto y una muñeca para Camila.

—¿Y qué ha sido de las tres cosas?

—¡Uf! ¡Hace ya mucho tiempo que se rompieron!

—¿Sí, eh? Pues me temo que este año los Reyes, que lo saben todo...

—Pues si lo saben todo, ¿para qué vamos á poner el nombre de cada uno de nosotros?

—Para que le dejen á cada uno lo que merezca.

—¡Ah, ya!

—¡Me temo que esta vez, enojados al saber que habéis destrozado los juguetes, pasen de largo!

—¡Ay, papá, no nos diga usted eso!

—Aquí traigo papel y pluma.

—¡Vengan! Trae tu zapato, Fernando.

—Tóme usted.

—Bueno. Basta con que pongamos á la cabeza de esta hoja de papel tu inicial. ¿Ves? Así: F .

—Ahora la mía.

—Zapato de Ernesto. Una E.

—Tome usted el mío.

—Trae, hija mía. En vez de Camila, pondremos sencillamente C. Ea, ya está. Ahora á dormir y á esperar la mañana.

—¡Qué nos llame usted muy temprano!

—¡Ya lo creo! A la cama, y dormirse pronto. Buenas noches.

—Buenas noches; hasta mañana.

II.

—¡Papá!

—¡Padre!

—¡Papaíto!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloráis? ¿Qué es eso?

—¡Levántese usted y verá. ¡No hay nada en los zapatos!

—¿Cómo que no hay nada? ¡Eso es imposible!

—¡Nada!

—Ea, ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

—En mi zapato no hay más que el papel con la inicial.

—¿Y no dice nada debajo?

—¡Ay, es verdad!

—¡Lee!

—“Hay que creer. Los pueblos tienen religiones diversas, pero en todas hay la idea de un Dios, de un Sér superior que gobierna la vida. Nacemos en una religión, y hay que vivir y morir en ella. Lo que no puede ser es no tener ninguna”.

—¡Hola! No está eso mal. Y en tu papelito, Ernesto, ¿qué dice?

—Voy á ver. “La duda es la muerte, hay que esperar siempre. Dudar es vivir en la desesperación. Dios aprieta, pero no ahoga. Suprimir la esperanza es entregarse á la desesperación. Las almas nobles no desesperan”.

—Muy bien. A ver que le dicen á Camila; lee, hija mía.

—“El secreto de la felicidad y el afán de toda alma cristiana consiste en vivir para los demás. Vended lo que tenéis, dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo.”

—¿Y todavía decís que los Reyes no os han dejado nada? Vuestras iniciales son: *F., E., C.* Os llamáis *Fe, Esperanza y Caridad*, yo os lo digo. ¿Tienes fe en el regalo que esperas, Fernando?

—Sí, señor, sí.

—Ve á tu cuarto y busca en el cajón de tu escritorio.

—¡Papá, papá, está lleno de bombones!

—Tú, Ernesto, á pesar del chasco, ¿esperas lo que esperabas?

—¿Por qué no?

—Busca en tu armario.

—¡Está lleno de libros, estampas, cosas preciosas!

—Y tú, hija mía, ¿tendrás valor de renunciar á lo que te han dado? Busca debajo de la almohada.

—¡Cuánto dinero! Cuartos, pesetas, duros...

—Pues hay que dárselos á los pobres... No los cuentes; sal á la calle y reparte á derecha é izquierda...

—¡Un beso, padre!

—¡Mil y mil besos!

*Eusebio Blasco.*

## 58. — EPIGRAMA

Por si los Reyes llegaban  
La noche en que se anunciaban  
Saqué al balcón unas botas;  
Las recogí como estaban...  
—¿Vacías?

—No, señor, rotas.

*Manuel del Palacio.*

## 59. — ANECDOTA

### LOS AMIGOS DE DIONISIO

El famoso Dionisio, tirano de Sicilia, condenó á muerte á un hombre. Lágrimas, ruegos, fueron inútiles; nada fué capaz de conmover aquel corazón de piedra.

—Dionisio, le dijo entonces el reo; te voy á pedir un postrer favor.

—Todo te lo concedo, excepto la vida.

—Tengo mujer é hijos; los negocios de mi casa se hallan hartó confusos; mi familia quedará completamente arruinada, si nó voy yo mismo á arreglarlos.

—Eso es imposible.

—Escucha, Dionisio. Yo soy hombre que cumplo mi palabra; si me concedes diez días, te juro por los dio-

ses que antes de terminarse el plazo me tendrás á tu disposición.

—Repito que no puede ser.

—Dime; si encuentro un amigo que se encierre en la prisión y responda con su cabeza de la mía; ¿me darás ¡oh rey! la licencia?

—Sí. Te la concedo con esa condición. ¿Cuántos días necesitas?

—Diez.

—Si hay alguno que responda por tí, te daré veinte.

Aquella misma tarde estaba el reo viajando y uno de sus amigos en la prisión.

Pasaron diez días, doce, quince, diez y ocho, llegó el veinte, y todo se hallaba preparado para la terrible ejecución, sin que el verdadero criminal se hubiese presentado.

Dionisio fué á la prisión y encontró al encarcelado cantando, de muy buen humor.

—¿Sabes qué día es hoy? le preguntó el rey sorprendido.

—Lo sé, Dionisio; es el veinte.

—¿Sabes á qué hora tendrá lugar la ejecución?

—A las doce.

—¿Sabes qué hora es?

—Las once.

—¿Y no temes la muerte?

—Sé que no moriré.

—¿Esperas, acaso, que yo te perdone?

—No; espero que venga mi amigo, y vendrá.

Dionisio contempló lleno de asombro la fe de aquel hombre y quedó mudo un largo rato.

Sonó la hora fatal; sacaron al reo al sitio de la ejecución, y Dionisio fué siguiendo el acompañamiento hasta el mismo cadalso. El verdadero reo no se presentaba.

—¿Esperas todavía?

—Sí; espero.

El verdugo afilaba en una piedra la espada homicida que le había de cortar la cabeza.

De repente se oyó una voz que gritaba: espera. Y se vió un hombre que se habría pasado por entre la muchedumbre.

—Hélo aquí, dijo Dionisio. Tenías razón; viene. En efecto, el verdadero reo llegó al pie del cadalso.

—Señor, exclamó, postrándose á los pies del rey, gracias, gracias.

Después abrazó á su amigo, y dirigiéndose al verdugo, exclamó:

—Aquí tienes mi cabeza; córtala.

—No; yo os perdono á los dos, añadió Dionisio, pero impongo una condición.

—Dila.

—Sois dos amigos; quiero que en lo sucesivo seamos tres.

## 60. — F A B U L A S

### 1.—LA LECHERA

Llevaba en la cabeza  
Una lechera el cántaro al mercado  
Con aquella presteza,  
Aquel aire sencillo, aquel agrado,  
Que va diciendo á todo el que lo advierte,  
Yo sí que estoy contenta con mi suerte.

Porque no apetecía  
Más compañía que su pensamiento,  
Que alegre la ofrecía  
Inocentes ideas de contento,  
Marchaba sola la feliz lechera,  
Y decía entre sí de esta manera :

—Esta leche vendida,  
En limpio me dará tanto dinero ;  
Y con esta partida  
Un canasto de huevos comprar quiero,  
Para sacar cien pollos, que al estío  
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

Del importe logrado  
De tanto pollo, mercaré un cochino ;  
Con bellota, salvado,  
Berza, castaña, engordará sin tino,  
Tanto que puede ser que yo consiga  
Ver como le arrastra la barriga.



Llevaréle al mercado,  
Sacaré de él sin duda buen dinero;  
Compraré de contado  
Una robusta vaca, y un ternero  
Que salte y corra toda la campaña  
Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento  
Enajenada brinca de manera,  
Que á su salto violento  
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!  
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,  
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía,  
Qué palacios fabricas en el viento!  
Modera tu alegría,  
No sea que saltando de contento,  
Al contemplar dichosa tu mudanza,  
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa  
De mejor ó más próspera fortuna,  
Que vivirás ansiosa,  
Sin que pueda saciarte cosa alguna.  
*No anheles impaciente el bien futuro,  
Mira que ni el presente está seguro.*

*Félix María Samaniego.*

## 2.—EL PATO Y LA SERPIENTE

(Más vale saber una cosa bien que muchas mal).

A orillas de un estanque  
Diciendo estaba un pato:  
—¿A qué animal dió el cielo  
Los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire;  
Cuando de andar me canso,  
Si se me antoja, vuelo;  
Si se me antoja, nado.

Una serpiente astuta  
Que le estaba escuchando,  
Le llamó con un silbido  
Y le diio:—Seo guapo,

### 3.—EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA

Poeta campanudo, que te pierdes  
Allá por las fantásticas alturas,  
Sin que en tu vuelo rápido te acuerdes  
De que al pobre lector dejas á obscuras,  
A tí con las palabras me dirijo  
Que el ruiseñor á la calandria dijo:  
—¿Para qué tån arriba te levantas?  
¿Quieres que no se entienda lo que cantas?

*Juan Eugenio de Hartzzenbusch.*

## 61.—ADIVINANZAS

¡Esto tenemos!, dijo el campesino,  
Reniego del queso, del tocino,  
Y de quien busca gustos  
Entre los sobresaltos y los sustos.  
Volvióse á su campaña en el instante,  
Y estimó mucho más de allí adelante,  
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,  
Su casita de tierra y sus legumbres.

*Félix María Samaniego.*

## 2.—EL JILGUERO Y EL CISNE

(Nada sirve la fama, si no corresponden  
las obras).

—Calla tú, pajarillo vocinglero,  
Dijo el cisne al jilguero,  
¿A cantar me provocas, cuando sabes  
Que de mi voz la dulce melodía  
Nunca ha tenido igual entre las aves?

El jilguero sus trinos repetía,  
Y el cisne continuaba:—¡Qué insolencia!  
¡Miren como me insulta el musiquillo!  
Si con soltar mi canto no le humillo,  
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.

—¡Ojalá que cantaras!,  
Le respondió por fin el pajarillo,

¡Cuánto no admirarías  
Con las cadencias raras  
Que ninguno asegura haberte oído,  
Aunque logran más fama que las mías!—  
Quiso el cisne cantar, y dió un graznido.  
¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,  
Y perderle en llegando á la experiencia.

*Tomás de Iriarte.*

### 3.—LAS DOS FAMAS

Dos famas hay: contemporánea es una,  
Favorita especial de la fortuna;  
La segunda, que póstuma se llama,  
De la verdad y el tiempo hija querida  
Es la inmortal, la verdadera fama.  
En un caballo alígero subida,  
Marchaba, como suele, de corrida  
La fama de los vivos afanosa,  
Y al son de su trompeta clamorosa,  
Llevábase detrás gente sin tino.  
De repente á la orilla del camino  
La fogosa jineta  
Encontró á su rival muda y sentada.  
—¿Cómo es, le preguntó, que no haces nada,  
Cuando ocupar debieran tu trompeta  
Celebridades que hay de tantas clases?  
—Estoy, dijo la póstuma, parada,  
Aguardando á que pases.

*Juan Eugenio de Hartzenbusch.*

## 63. — CUENTO

### EL HIJO DEL BOTICARIO

En día de año nuevo se casaron la *Pilara* y el *Bragas*, en *Zuera*, pueblo de la provincia de Zaragoza...

Y fué una boda rica, de gente pudiente, y se echó la casa por la ventana, y se gastaron las dos familias más de diez onzas; que las tenían de sobra.

Y convidaron á todo el pueblo; pero nada de *chiquillos*, porque como decía el padre de la novia, *los críos*, no hacen más que incomodar en las bodas.

Pero el boticario, que tenía un chico de catorce años, se empeñó en que habían de convidar á su hijo, y si no, no iría él á la boda, porque su hijo era antes que nadie.

—¡Pues no vengas!—le dijo la tía Candonga. ¡Ni falta que haces!

Allá va toda la vecindad á la iglesia, y venga repicar las campanas y tirar *cuetes* y tocar el *orfion*.

—¡Qué cosa más hermosa! Vamos, que bodas así se ven pocas veces.

Después había comida para cien cubiertos. Y una ternera asada, entera, y unas *agalchofas* rellenas que daban miedo; y un cordero... ¡rediós qué cordero! Y unas tortas... vaya, que te digo que aquello era la fin del mundo. Debía presidir la comida el señor cura. Pero Dios Nuestro Señor dispone de las cosas como le da la gana, porque para eso es Dios, *pa governarnos* á todos; y coge y va el cura y se me pone malo en cuanto que se acabó

la ceremonia. ¡Pero muy malo! *Paice* que tenía el cólera el probrecico. ¡Vamos, que se moría!

¡Qué *chanada*!

¿Qué se iba á hacer? ¿Quién iba á pesidir la mesa?

—¡Pues que lo diga él!

—¿Quién?

—¡Pues el cura!

Van á verlo á su casa y se lo encuentran hecho un río.

—¿Qué es eso, se muere *usté ú qué?*—le dijo el padre de la Pilara.

—¡Ay! hijos míos, yo no sé lo que es esto. ¡*Paice* que *mi* bebido el pueblo de Loeches!

—¿Y qué hacemos? Allí están los *convidaos* y la ternera esperando que se la coman. ¿Quién *quíé* usted que presida la mesa?

—El más viejo del pueblo.

—¿Y quién es?

—Pues el boticario.

—¡El boticario! Nos va á corromper las oraciones con que venga el chico suyo, que es un *samarugo* que nos va á estropear la comida.

—Decirle de mi parte que yo quiero que presida la mesa por mí, y que vaya solo. ¡Ya *verás* como no se opone!

Así se hizo.

Y el boticario, que estaba haciendo un *pegao* para una vecina, dejó el emplasto, se vistió y se puso majó en un periquete y fué á pesidir la mesa, sin la menor protesta.

Una salva de aplausos le saludó al llegar. Ocupó la presidencia, entre los padres de los novios, y se disponía

á empezar á comer entre el ruido y algazara de los cien convidados, cuando se oyó una voz que dijo:

—¡Que bendiga la mesa! ¡Que haga lo que *hubiá* hecho el señor cura!

—¡Sí, sí—repitieron los comensales,—que la bendiga!  
El boticario se puso de pie y dijo:

—En el nombre del padre... y del Espíritu Santo...

—¿Y el hijo?

—¿Y el hijo?

—¿Y el hijo?

El boticario echó á correr á la puerta que conducía á la escalera, y gritó:

—¡Pequeño!

Y el chico, que estaba abajo, respondió:

—¿Qué *quíé* *usté* padre?

—¡¡Sube en seguida á comer, que te llaman estos señores!!

*Eusebio Blasco.*

## 64. — CUENTO

¡PORRITA COMPONTE!...

La noticia de que *señá* Juana iba á contar un cuento corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y cuanto chiquillo pelón rompía calzones y lucía churretes en cuatro calles á la redonda, acudió presuroso al Corral de los Chícharos, domicilio de la vieja. Esta, sentada en el poyo de la puerta, vió venir la granizada con vanidosa



sonrisa, paseó una mirada satisfactoria por el inquieto auditorio, rascóse dos veces con la aguja de hacer calceta, y poniendo de nuevo sus dedos en movimiento, comenzó así:

—Pues señor, que era vez y vez, y el bien que viniera para mí se quede y el mal para quien lo fuere á buscar, de un hortelano más pobre que las ratas, y con peor estrella que un sietemesino; si sembraba melones, cogía pepinos; si plantaba lechugas, le nacían pitas; si llega á sembrar monedillas de cinco duros, le salen ochavos rññosos, y si deja el oficio y se mete á sombrerero, á buen seguro está que nacen los chiquillos sin cabeza. Porque hay un santo en el cielo, que se llama San Guilindón, que sólo tiene por oficio bailar delante del trono de Su Divina Majestad, diciendo á gritos: “¡Dénle más! ¡dénle más!”

—Y cate usted ahí por qué una desgracia no viene nunca sola, ni una fortuna tampoco, sino que vienen muchas en hilera, como mulos de reata.

Pues vamos á que cuando llegaron las aguas de mayo, parecía la huerta un camposanto, lleno de malvas y ortigas: sólo había metido en medio una col, que regaba la hortelana con agua bendita. Los pimientos se secaron, los tomates se perdieron, á las lechugas les entró el pulgón, y sólo la col metía, metía sin vergüenza, hasta que pasó la tapia, llegó al tejado, subió más alta que el campanario, se perdió por último en las nubes, y el viernes antes de San Juan, tocaba ya con la puntita en la puerta del cielo.

Pues, señor, que de tanta dieta, le llegaron á salir al hortelano telarañas en el gañote, de no usarlo, y la hor-

telana tenía ya las muelas *mojosas*, y hasta se le había olvidado el modo de mascar: á él se le paseaban los ratones por los bolsillos, y cuando ella cogía en una mano la escoba y en la otra la alcuza, le preguntaban las vecinas:

—Pero, Andrea, ¿estamos de *muanza*?

Llegó al fin un día en que se cumplieron veinticuatro horas, sin que aquellos infelices cataran la gracia de Dios, y el hortelano mandó á su mujer que arrancara la col, y le hiciera un guiso con los tronchitos de la punta. *Señá* Andrea puso el grito en el cielo, y se agarró á la col, que no la arrancaban de allí ni las tenazas de Nicodemo; porque pensar en tocarle á su col, era tocarle á ella en las mismas niñas de sus ojos. Pero hijo de mi alma, para fiestas estaba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo...

El marido cogió una vara, y le dijo que cabeza abajo la colgaría de una penca si á las doce en punto no estaba hecho el guiso, y ellos comiendo, para alcanzar la bendición del Padre Santo de Roma, que todos los días la da á la campanada de las doce, ni minuto más ni minuto menos. *Señá* Andrea no tuvo más remedio que meterse la lengua en un zapato, y coger un hacha *pa* echar abajo la col: vió entonces que llegaba ya al cielo, y se le ocurrió de pronto subirse por ella, y pedirle á San Pedro una limosnita.

Aquello fué lo de melón quiero, tajada en mano tengo; porque pensándolo estaba todavía, y ya iba trepa que trepa, por la col arriba, de penca en penca, hasta que llegó al cielo. No se usan por allí campanillas, y así

llamó ¡tras! ¡tras! con los dedos de la mano. Abrióse el postiguillo de la puerta, y asomó San Pedro las narices.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

La *señá* Andrea comenzó á temblar al verse delante de aquel señor tan respetuoso, y dijo con mucha política:

—Aunque usted perdone, *señó* San Pedro, soy una pobre infeliz que no tiene que comer, y venía á que su *mercé* me hiciera la caridad de una limosna, por el amor de Dios.

San Pedro cerró de golpe el postiguillo sin decir palabra, y como no hay buen alma que deje fea la palabra de Dios que el pobre empeña, volvió á poco cargado con una mesita, que entregó á *señá* Andrea, diciendo:

—Toma, hija, esta mesita, y cuando tengas hambre, di: *¡Mesita componte!*

—¡Dios se lo pague á usted, y se lo aumente de gloria!—contestó *señá* Andrea echando á correr de pencea en pencea, hasta que llegó al suelo.

Como las mujeres *semas* tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y conforme soltó la mesa en el corral, dijo:

—¡Mesita componte!...

¡Hijo de mi alma, aquello era menester verlo para creerlo!... Porque no bien lo hubo dicho, apareció en la mesa una comida, como ni en los manteles del rey se pone igual: allí había pollos con tomate, y arroz con conejo, y sardinas fritas, y bacalao en blanco, y de postres arrope, y arroz con leche, y garbanzos *tostaos*. Cuando llegó el hortelano se dieron ambos á dos una atraquina que con el dedo se lo tocaban, y todos los días diarios se ponían

hasta reventar, que era menester silbarles *pa* que pararan, sin más trabajo ni más gusto que soltar la palabrilla:

—¡Mesita componte!...

Pues vamos á que pasaron así dos meses, poniéndose marido y mujer como chivos de dos madres, y al cabo de éstos, dícele un día el hortelano á *señá* Andrea:

—Mira, Andrea: no es *rigular* que quien come tan bien como nosotros comemos, esté, como el que dice, con un trapito atrás y otro *alante*, sin poder asomar los bigotes á la calle... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col arriba, y le pides á San Pedro siete onzas, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro.

La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo. Estaba San Pedro sentado á la puérta tomando el sol, y leyendo los papeles.

—¡Otra te pego!—exclamó al ver aparecer á la hortelana.

—No se incomode su *mercé*,—replicó muy humildita *señá* Andrea,—que venía á ver si me *emprestaba* siete onzas, aunque fuese á *dita*, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro; porque el invierno se viene encima, y no es *rigular* que nos coja en cuerecitos.

San Pedro la miró por encima de las gafas, y se metió para adentro: á poco salió con una bolsa vacía.

—¡Toma, Mari-pidona,—le dijo,—y cuando tengas apuros, di: ¡*Bolsita componte!*

—Dios se lo pague á usted y se lo...

—Anda, anda con viento fresco... que por su mal le salieron alas á la hormiga,—le contestó San Pedro con mucha soñama.

*Señá* Andrea echó á correr por la col abajo como alma que lleva el demonio, que no era otra cosa su avaricia, y en unión de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron á la bolsa:

—¡*Bolsita componte!*... Acto continuo comienzan á caer por la boca afuera pesos duros y más pesos duros, ni más ni menos que cuando llueve á chaparrones.

Marido y mujer creyeron perder el juicio, y lo perdieron en efecto, porque al otro día ya tenía hecho *señá* Andrea un vestido de tisú de oro, como el manto de la Virgen del Carmen, y *señó* Juan una levita con flecos de oro y plata, un bastón con borlas como el que saca el alcalde por Corpus Christi, y un sombrero de copalta con siete plumas blancas. Compraron la casa del Ayuntamiento para vivir ellos solos, la forraron toda de papel dorado, y hasta las aljofifas eran de terciopelo, y los estropajos de hilillo de plata. Conforme llegó el domingo, se fueron los dos muy pomposos á misa, en una calesa que mandaron venir de Chiclana: cuando iban llegando á la iglesia, dícele el marido á la mujer:

—Andrea... ¿No repican las campanas?

—Creo que no, Juan.

Juan se puso color de pajueta de pura envidia que lo roía, y dijo:

—Pues bien repican cuando viene el Obispo.

Al salir de la iglesia empezaron marido y mujer á tirar ochavos á los chiquillos, como cuando hay *padrino pelón*

en los bautizos; pero como salta al ojo que los pináculos han comido con cuchara de palo, bien pronto los calaron los chiquillos, y conforme recogían los ochavos, echaban á correr gritando:

Doña Andrea Estropajo,  
Hoy está boca arriba  
Ayer iba boca abajo.

A *señá* Andrea se le freía la sangre en el cuerpo, y no bien llegó á su casa se puso á escribir una carta á la reina, para que mandase ahorcar á todos los chiquillos del pueblo; pero su marido la llamó aparte y le dijo:

—Mira, Andrea, no es *rigular* que cuando va el Obispo á la iglesia le repiquen las campanas, y cuando vamos nosotros, que somos gente de tantos miles, no toquen ni una mala campanilla... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col, y le cuentas á San Pedro lo que pasa, para que ponga remedio; porque lo que es á mí, ni el señor Obispo me echa delante la pata.

*Señá* Andrea no se hizo repetir la cartilla, y comienza á trepar col arriba hecha un toro de fuego, que sólo con el aliento levantaba chichones. Se pone delante de San Pedro con más fachenda qu un rey de palo, y le pide que mande ahorcar al cura, al sacristán y al monaguillo, si no le repican las campanas como al señor Obispo.

San Pedro se metió la mano en la faltriquera sin decir palabra, y sacó una porrita como de un palmo de larga, ni más ni menos que el badajo de una campana.

—Toma esta porrita,—le dijo,—y si no repican el domingo cuando vayáis á misa, di: *¡Porrita componte!*

Llegó el domingo después del sábado, sin priesa nin-

guna, y marido y mujer se meten en su calesa, y se van para la iglesia con más planta que la reina de Egipto; pero las campanas no repicaban... A *señá* Andrea le da un brinco en el cuerpo la soberbia, saca la porrita, la levanta en alto, y dice hecha un torillo joso:

—¡¡Porrita componte!!...

¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!... Porque empieza la porrita á brincar en el aire, dando coscorrones de la cabeza del marido á la de la mujer, y de la de la mujer á la del marido, sin parar de repicarles en la molle-  
ra, hasta dejarlos espachurrados en la misma puerta de la iglesia. Lo cual fué castigo de su ambición, su codicia y su soberbia; porque aquella porrita no era otra cosa que la *Justicia de Dios*, y ella es la que manda Su Divina Majestad de cuando en cuando á la tierra para zurrarle la pavana á los hombres. Porque como decía mi abuela, que esté en gloria, cuando era yo zagalilla: “Dios ni come ni bebe; pero juzga lo que ve.”

Y aquí se acabó mi cuento con pan y pimiento; y el que quiera saber más, que compre un viejo.

*P. Luis Coloma.*

## 65. — SONETOS HUMORÍSTICOS

### 1.—AL TUMULO DEL REY FELIPE II,

EN SEVILLA

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza,  
Y que diera un doblón por describilla;  
Porque ¡á quién no suspende y maravilla  
Esta imagen insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza  
Vale más de un millón, y que es mancilla  
Que esto nó dure un siglo ¡oh gran Sevilla!  
Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré que el ánima del muerto,  
Por gozar de este sitio, hoy ha dejado  
La gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto  
Cuanto dice voacé, señor soldado.  
Y el que dijere lo contrario, mente.

Y luego in continente  
Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

*Miguel de Cervantes Saavedra.*

## 2.—DICHO DE UN ANDALUZ

Estando de una cruz al pie sentado  
Un andaluz, gran chuseo, gran chancero,  
En un hijo del Betis caballero,  
Pasa un fidalgo portugués finchado.

Mira, á ley de cortés y bien criado,  
Al andaluz, y quítase el sombrero;  
Este, correspondiendo al forastero,  
Se quita la montera con agrado.



—Náo é vossé á quém fago a cortezia  
Mas á essa cruz, le dice el lusitano,  
Con bien inesperada altanería.

Y el andaluz responde:—Calle, hermano,  
Puez yo tampoco á uzted ze la jazía;  
A eze potrico zi, que ez mi paizano.

*Tomás de Iriarte.*

## 66. — CUENTO

### JUAN SOLDADO

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reenganchar por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servía ni para rancho, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole á usted—pensó Juan Soldado cogiendo la vereda,—que me ha lucido el pelo! ¡Después de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme, sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele á rancho,  
Y el pescuezo á corbatín;  
Las espaldas á mochila,  
Y las manos á fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo—le dijo Juan Soldado,—yo, que después de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es más que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya—dijo Juan Soldado,—aunque después de servir al rey veinticuatro años, sólo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con ustedes.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

—Quiéreme parecer—dijo Juan Soldado—que les he dado *montes* á ustedes, y que ya conozco esa calva; pero ¡anda con Dios! Aunque después de veinticuatro años de servir al rey, sólo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con ustedes.

Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron limosna.

—Sobre que juraría que ya les he dado á ustedes—dijo Juan Soldado;—pero ¡anda con Dios! Aunque después de servir al rey veinticuatro años, sólo me he hallado

con una libra de pan y seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedís, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo?—dijo para sí Juan Soldado;—no me queda más que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro—le dijo San Pedro al Señor,—haga su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está; llámalo y pregúntale lo que quiere—contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío se le metiese aquello que él quisiese meter en él. Lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan más blancas que jazmines, y unas longanizas que decían comedme.

—¡Al morral!—gritó Juan Soldado en tono de mando.

Y cáteme usted las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose más súptas que culebras, encaminarse hacia el morral sin perder la derecha.

El montañés dueño de la tienda, y el montañeco su hijo, corrían detrás dando cada trancazo que un pie perdía de vista al otro; pero ¿quién las atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrían entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comía más que un cáncer, y aquel día tenía más hambre que Dios paciencia, se dió un hartagón de los cumplidos, de los de no puedo más.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército, tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al Ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor—le dijo al alcalde,— que después de veinticuatro años de servir al rey, sólo me hallé con una libra de pan y seis maravedís, que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería le alojaría en una hacienda cercana á la que nadie quería ir por porque había muerto en ella un condenado, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí hallaría de cuanto Dios crió, pues el condenado había sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme—contestó éste,—y allá voy á encamparme en un decir tilín.

—En aquella posesión halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las provistas, y los sobrados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo á prevención, por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decía:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado, que ya estaba pintón con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda;—que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar más que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre?—le preguntó Juan Soldado.

La pierna dijo con el dedo del pie que no.

—Pues púdrete ahí—dijo Juan Soldado.

De allí á nada volvió á decir la misma voz de *denantes*:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro;—que quien ha sérvido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Paña acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se apegó á los cuartos, y entonces se puso en pie en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero; como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

—Juan Soldado—dijo con un vocejón que helaba la sangre en las venas,—ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor—respondió éste;—lo soy, no hay que decir ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios; pues á pesar de eso, ha de saber su merced que en veinticuatro años que he srvido al rey, lo que he

venido á sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso—dijo el espectáculo,—pues si haces lo que te voy á decir, salvarás mi alma y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Sí, señor; sí señor; mas que sea lañarle á su merced los cuartos para que no se le vuelvan á desperdigar.

—Lo malo que tiene—dijo el espectáculo,—es que me parece que estás borracho.

—No, señor; no, señor; no estoy sino calomelano, pues ha de saber su merced que hay tres clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa arrastrando; y la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme—dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, y cogió el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.

No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron á la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Abralo usted con toda su alma si le da gana—respondió Juan Soldado,—que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar más provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora á servir á otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo á Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás á

los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios por mi alma; y esta última está llena de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto.

—Pierda su merced cuidado—respondió Juan Soldado;—veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar más premio que una libra de pan y seis maravedís; con que ya ve su merced si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un usía muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero á quien le supo todo lo acaecido á cuerno quemado fué á Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia y los pobres, y no sabía como vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo más lindo y más astuto que ninguno, que le dijo á Lucifer que él se determinaba á traerle á Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *aprometió* al chico, si le cumplía lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir á las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder á los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos días, señor don Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No fumo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entonces, ¿á qué vienes, alma de Caín?

—A llevarme á su merced.

—Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos á andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera y se puso á engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral, gritando al Satanasillo:

—¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, y haciendo cada contorsión que metía miedo, no tuvo más remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó á sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo á la consideración del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vió llegar á su presencia á su Benjamín, á su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna!—gritó,—aseguro que ese descarado hampón de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita,



venido y tenía colgado su morral. Así fué que apenas se presentó Lucifer, echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantóse Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarrón tragaldabas, es que te voy á meter en el infierno en un decir Satán—dijo bufando Lucifer.

—¿Tú á mí? ¿Tú á Juan Soldado? ¡Fácil era! Lo que tú no sabes, compadre soberbia, es que quien te va á meter el resuello para dentro soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo á ti, gran fantasmón; en un morral te voy á meter á ti, á tu rabo y á tus cuernos.

—Basta de jactancias—dijo Lucifer alargando su gran brazo y sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral!—exclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por más que Lucifer se repercutó; por más que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo; por más que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tía.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó á descargar sobre el morral cada taramazo, que hacía hoyo, hasta que dejó á Lucifer más aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto; pero si te voy á ponérteme delante, gran sinvergonzón,

tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravédís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces á quien metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, más transparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas, como perro despedido á palos, se pusieron todos aquellos ferósticos á echar sapos y culebras.

—Después de esto, ¿qué hacemos, señor?—preguntaron á una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajas y boquetes del infierno, á fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolentón de Juan Soldado—les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

A la vez que se fue con San Pedro, que le dijo:

—No basta, amigo—dijo San Pedro.

—¿Qué no basta?—repuso Juan Soldado dando un paso adelante;—veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral!—mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideración.

—¡Al morral! Que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro, que quiso, que no, se tuvo que colocar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado—le dijo;—considera que las puertas del cielo están abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualquier alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo quería—dijo Juan Soldado, entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido;—pues diga usted, señor don Pedro, ¿le parece á su merced *rigular* que después de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

Al ver el rústico lo que había hecho la señora quiso imitarla, y empezó á ponerse gafas y á mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres ó cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?

*Juan Valera.*

## 69. — REFRANES

### 1.

Comida y cama y capote, que sustente y abrigo al niño y no le sobre.

—Refrán que enseña la sobriedad y moderación con que se debe criar á los niños.

### 2.

El hijo de la gata ratones mata.

—Refrán que denota el poderoso influjo que tienen en los hijos el ejemplo y las costumbres de los padres.

### 3.

Costumbres y dineros, hacen los hijos caballeros.

—Refrán que da á entender que los buenos procederés y

modales, juntos con las riquezas, adquieren la atención y el aprecio de las gentes.

4.

Quien mucho abarca, nada aprieta.

—Refrán con que se significa que quien comprende ó toma á su cargo muchos negocios á un tiempo, no suele desempeñar bien ninguno.

5

Más vale maña que fuerza.

—Refrán con que se denota que se saca mejor partido con la suavidad y destreza que con la violencia y el rigor.

6.

Quien no se aventura no pasa la mar.

—Refrán con que se advierte ser preciso arriesgarse para conseguir cosas difíciles.

7.

El que no duda, no sabe cosa alguna.

—Refrán que enseña cuanto perjudica á la averiguación de la verdad la facilidad en creer y la precipitación y falta de exámen.

8.

No es todo oro lo que reluce.

—Refrán que aconseja no fiarse de las apariencias, porque no todo lo que parece bueno lo es en realidad.

9.

Ver la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el nuestro.

—Refrán que explica con cuanta facilidad reparamos en los defectos ajenos y no en los propios, aunque sean mayores.

10.

Dijo la corneja al cuervo: quítate, allá, negro; y el cuervo á la corneja: quitaos vos allá, negra.

—Refrán que da á entender que muchos echan en cara á otros las mismas faltas que ellos tienen.

11.

De casta le viene al galgo el ser rabilargo.

—Refrán que da á entender que los hijos suelen imitar las costumbres de los padres.

12.

Al que al cielo escupe, en la cara le cae.

—Refrán que enseña lo expuesto que es á duro escarmiento la excesiva arrogancia.

## 70. — CUENTO DE NAVIDAD

### LA MUÑECA

¡Qué frío hacía!

La buhardilla de la infortunada Teresa era un páramo.

De nada servía el exiguo brasero alimentado por ocho ó diez carbones que más bien contribuían á envenenar el aire que á calentarlo.

Una mesa, tres sillas, una cama, una cuna. He aquí todo el mobiliario del habitáculo. En las paredes unas

estampas de santos y un almanaque cuya hoja marcaba el día 23 de diciembre. Allá abajo en la calle un hombre gritaba: “¡El 3.094! ¡Quién quiere los cinco millones!”

Y la niña enferma repetía siempre las mismas palabras:

—¡Mamá!

—¡Hija mía! ¿Qué quieres?

—¡La muñeca, la grande! ¡La que habla!

Era el tema del delirio infantil en la calentura que la devoraba.

Una muñeca grande, una de esas que parecen señoritas, con los ojos muy hermosos y muy brillantes, con los cabellos rubios, que les caen en rizos sobre los hombros.

Sueño irrealizable, deseo que no era posible poner en práctica, porque la infeliz Teresa no ganaba más que tres pesetas cosiendo y bordando. La enfermedad de la chiquitina la había dejado por puertas, médico y botica se habían llevado casi todo lo que produjo el trabajo del mes, y la niña no se contentaba con una muñeca chiquita, que podría costar dos reales.

No; la niña, cuando estaba buena, había entrado con su madre á dar una vuelta en uno de esos grandes bazares llenos de todo género de cosas, y en uno de ellos había visto la gran muñeca, y la madre para engañarla le dijo:

—Ahora no puedo... pero el día de Nochebuena te la compraré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Esto era en noviembre, y la niña cayó en cama el día 15 de dicho mes.

¡Qué mes!

El médico comenzó por decir que “aquello no era nada”. Dos ó tres días después vió que “había complicaciones”. A la semana siguiente declaró que “podría sobrevenir la tifoidea”; por último averiguó que la niña tenía sin ningún género de duda el tifus, y que sería milagro que lo resistiera.

La pobre Teresa, viuda á los treinta años, esclava de su trabajo, adorando en aquella hija que era para ella todo, familia, bienestar, sostén de las luchas de la vida, se sintió morir al oír la amenaza de muerte lanzada brutalmente por el doctor en la soledad de la buhardilla.

Vendió sus vestidos, empeñó sus colchones, pasó cuarenta días trabajando á la luz moribunda de su lámpara de petróleo y velando á la enfermita. Y ésta, así que comenzó á darse cuenta de lo que en torno suyo pasaba, vió el almanaque clavado en la pared enfrente de su cuna de hierro y leyó la fecha: 23 de diciembre.

—¡Mamá!, balbuceó con débil acento.

La madre suspendió la costura para contestarle.

—¿Qué quieres, Anita?

—Mamá, tú me has prometido una cosa.

—¿Qué cosa?

—La muñeca. Mañana es Nochebuena, mira el calendario.

—¡Es verdad!, exclamó Teresa dejando caer el pedazo de tela que tenía entre las manos.

La fecha la aterró. Mientras la niña, en su delirio,



pedía el regalo ofrecido, creyó que aquello no era más que el recuerdo, la imagen que queda grabada en el cerebro y archivada en él hasta que en un momento de fiebre surge de nuevo.

Nos acordamos entonces de nuestros juegos de la infancia, de tal amigo que hace cuarenta años no vemos, de un fragmento musical no oído desde que íbamos á la escuela.

Anita había reclamado una cosa prometida por su madre, el nombre de un juguete, retenido en una célula misteriosa del cerebro.

Pero ahora, ahora la reclamación estaba hecha en toda forma. El almanaque marcaba la fecha fatal, ineludible. Y la niña empezaba á mejorar, y ya más dueña de sí misma repetía:

—Mañana es Nochebuena, y'o quiero que la muñeca rubia, aquella "que habla", venga á darme la Nochebuena, ¿lo oyes, mamá? El año pasado vinieron unos pastores y unos Reyes Magos, este año vendrá la muñeca, ¿verdad que vendrá? Tú me lo has prometido, y tú no mientes ni engañas á la niña.

—¡No hables tanto, que te excitas y te va á doler la cabeza, por Dios!

—¿Vendrá la muñeca?

—¡No sé, hija mía!

—¡Yo quiero!

—¡No llores!

—¡Ha de venir mañana, tiene que venir mañana por la noche!

En este momento entró el médico.

Pulsó á la niña, le tocó la frente, la examinó con atención y dijo:

—Tiene más fiebre que esta mañana.

—¡Ay, señor, por caridad, no me aflija usted!

—Tiene más fiebre, está muy nerviosa. ¿Se ha disgustado? ¿La ha regañado usted?

—¡Regañarla yo! ¡Bendito sea Dios, y qué cosas se le ocurren á usted! Lo que tiene es que...

—¡Yo quiero que venga la muñeca!, gritó Anita pateando en la cama y echando las manecitas por fuera de las sábanas.

—¡Eso, eso es lo que tiene, gritó Teresa, eso! Que le he prometido el regalo de Navidad, y con esta idea fija ha pasalo los cuarenta días del tifus y...

—Pues es indudable, dijo el doctor, que la idea persistente excita el cerebro, y que después del mal que hemos vencido puede venir otro peor.

—¡Peor!

—El ataque á la cabeza, la meningitis, ¡quién sabe! Usted no puede comprarle...

—¡Ay, no, señor! Esas figuras de cartón cuestan mucho dinero.

—¿No puede usted pedir una prestada?

—¿Y á quién, Dios de mi vida, á quién?

—No sé; pero si esta obsesión le dura mucho, dudo... por lo débil que está., no respondo de nada.

Y con su sequedad habitual, se despidió y se fué.

La noche fué terrible.

La niña volvió á delirar. Pedía su muñeca grande á cada momento. La madre no durmió ni media hora.

Al siguiente día comenzaron á oirse en la cercana calle de Toledo zambombas, tambores y canciones:

¡Carrasclás, qué niño tan guapo;  
Carrasclás, qué gordito está;  
Carrasclás, qué madre que tiene;  
Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Dieron las cinco de la tarde, comenzó á nevar. Teresa tenía que entregar su trabajo y cobrar el jornal de la semana. Suplicó á una vecina que cuidase de Anita y le dijo á ésta que en seguida volvía.

—¡Pero no vuelvas sin la muñeca grande! ¡Si no, no te quiero!

¡Oh, qué triste salió la infeliz madre de su casa!

Llegó al almacén yerta, llorosa, le pagaron su trabajo, recibió ventiuna pesetas y se dirigió corriendo al Gran Bazar, que estaba hecho una ascua de oro, alumbrado por cientos de luces y lleno de gente. Señoras y niñas constituían la mayoría de la multitud elegante que estaba allí comprando cosas.

Había muñecas de todos los tamaños; las chiquitas estaban en escaparates, las grandes colocadas de pie al alcance de las caricias de las niñas ricas. Teresa, febril, contando con sus veintiuna pesetas, preguntaba tocando los rubios cabellos de la más alta de aquellas encantadoras figuras.

—¿Cuánto, ésta?

—Doce duros.

—¿Y ésta?

—Diez.

—¿Y ésta?

—Ocho.

Los fríos la obligaron  
A guardar el silencio,  
Y á acogerse al abrigo  
De su estrecho aposento.  
Vióse desproveída  
Del preciso sustento,  
Sin mosca, ni gusano,  
Sin trigo, ni centeno.  
Habitaba la hormiga  
Allí tabique en medio,  
Y con mil expresiones  
De atención y respeto  
La dijo:—Doña hormiga,  
Pues que en vuestro granero  
Sobran las provisiones  
Para vuestro alimento,  
Prestad alguna cosa  
Con que viva este invierno  
Esta triste cigarra,  
Que alegre en otro tiempo,  
Nunca conoció el daño,  
Nunca supó temerlo.  
No dudéis en prestarme,  
Que fielmente prometo  
Pagaros con ganancias,  
Por el nombre que tengo.—  
La codiciosa hormiga  
Respondió con denuedo,  
Ocultando á la espalda  
Las llaves del granero:  
—¡ Yo prestar lo que gano

Con un trabajo inmenso!  
Dime, pues, holgazana,  
¿Qué has hecho en el buen tiempo?—  
—Yo, dijo la cigarra,  
A todo pasajero  
Cantaba alegremente  
Sin cesar ni un momento.—  
—¡Hola! ¿con qué cantabas,  
Cuando yo andaba al remo?  
Pues ahora que yo como,  
Baila, pese á tu cuerpo.—

*Félix María Samaniego.*

## 2.—LA ARDILLA Y EL CABALLO

(Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes).

Mirando estaba una ardilla  
A un generoso alazán,  
Que dócil á espuela y rienda  
Se adiestraba en galopar.  
Viéndole hacer movimientos  
Tan veloces y á compás,  
De aquesta suerte le dijo  
Con muy poca cortedad:  
—Señor mío,  
De ese brío,  
Ligereza  
Y destreza

No me espanto,  
Que otro tanto  
Suelo hacer y acaso más:  
Yo soy viva,  
Soy activa;  
Me meneo,  
Me paseo,  
Yo trabajo,  
Subo y bajo;  
No me estoy quieta jamás.—

El paso detiene entonces  
El buen potro, y muy formal  
En los términos siguientes  
Respuesta á la ardilla da:

—Tantas idas  
Y venidas,  
Tantas vueltas  
Y revueltas,  
Quiero amiga  
Que me diga,  
¿Son de alguna utilidad?  
Yo me afo;ano;  
Mas no en vano.  
Sé mi oficio;  
Y en servicio  
De mi dueño,  
Tengo empeño  
De lucir mi habilidad.—

Con que algunos escritores  
Ardillas también serán,  
Si en obras frívolas gastan  
Todo el calor natural.

*Tomás de Iriarte.*

### 3.—LA ROSA Y LA ZARZA

Murmuraba impaciente  
Una rosa naciente  
Del cautiverio duro que sufría,  
Porque una zarza espesa la tenía  
Con sus punzantes vástagos cercada.  
—Yo, sin cesar decía,  
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:  
Si un rayo de sol, tasado el aire,  
Desperdicio, de todos ignorada,  
Y entre espinas incómodas reclusa,  
Mi fragancia, colores y donaire.—  
La zarza respondió:—Joven ilusa,  
Tu previsión escasa,  
Del bien que te hago, sin razón me acusas;  
Bajo mis ramas á cubierto vives  
Del sol canicular que nos abraza;  
El golpe no recibes  
Del granizo cruel que nos deshoja;  
Y ese muro de espinas que te enoja,  
Defiende tu hermosura

De que una mano mística la coja.—  
La flor entonces, de despecho roja,  
—¡Malhaya!, replicó, ¡a ruín cordura,  
Que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!—  
No fué la maldición echada en vano.  
A los pocos momentos un villano  
Llega con la cortante podadera:  
La despiadada mano  
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,  
Y tan completamente me le roza,  
Que ni un retoño le dejó siquiera.  
Poco de la catástrofe se duele,  
Persuadida la rosa de que gana,  
Quedándose sin aya que la cele.  
Descanse en paz la rígida guardiana.  
¡Qué feliz su discípula es ahora!  
Bañada en el relente de la aurora,  
Descoje con orgullo  
Su tierno y odorífero capullo:  
Princesa de las flores  
La proclaman los pájaros cantores.  
Pero el viento la empolva y la molesta,  
Sol picante la tuesta,  
La ensucia el caracol impertinente  
Con pegajosa baba,  
Y apenas se la enjuaga,  
Cuando voraz la oruga  
Su venenoso diente  
Una vez y otra vez en ella clava.  
Se descolora la infeliz, se arruga,



Y una ráfaga recia de solano  
Desparramó sus hojas por el llano.  
Es el recogimiento  
Condición de las jóvenes precisa:  
Falta en la mocedad conocimiento  
Del suelo que se pisa.  
La niña que imprudente,  
Sola y sin guía, recorrer intente  
La senda de la vida peligrosa,  
Tema la suerte de la indócil rosa.

*Juan Eugenio de Hartzenbusch.*

## 73. — CUENTO

### TRIBULACIONES DE UN REMENDERO

Habíase un zapatero remendón, que en punto á feo no había quien le ganase, ni en punto á mal genio había quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa-puerta, calado el gorro de algodón, que había sido azul y blanco, cuyos colores, subiendo el blanco, bajando el celeste, se habían fundido en un tinte incalificable, ó sea tinte *unión sospechosa*, puesto su delantal de cuero y sus espejuelos de cuerno, era el dicho remendón el negro blanco de todos los traviosos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de ídem, que eran sus parroquianas, habían gastado la paciencia del remendón hasta dejarlo sin ninguna.

El tío Hormazo, que era el nombre que le habían puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarles un hormazo, era un hombre grave y muy rígido; convenía en que las botas debían salir á la calle, pero las mocitas no; que los zapatos debían tener compañero, pero que las mozas recatadas no debían tener otro que el anafe, el torno de hilar y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinión que su padre, porque nunca dió orugón más feo y rastro, vida á más vistosa y casquivana mariposa; esta mariposa se había enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia que le hacía al tío Hormazo; éste, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender á la fama de su hija, iba perdiendo la suya.

Una mañana estaba el tío Hormazo más desesperado que nunca; el almidón, aunque más podrido que de costumbre, se lo había comido el gato, que estaba muerto de hambre; el hilo se le había enredado y el cerote se le había perdido; ya había reñido con tres viejas, que habían prometido vengarse, cuando llegó una mozueta desenvuelta, la cual dijo sin preámbulo:

—¿Y mis zapatos?

—No están—contestó lacónicamente el tío Hormazo.

—¿Habrás visto viejo más embustero! ¿No me dijo usted que estarían?

—Me equivoqué.

—¿No podré ir al fandango!—dijo pateando la mozueta.

—Mejor; las mocitas pierden su estimación en los fandangos; á coser, á barrer; ¡ea, anda!

—Pues he de bailar y he de cantar mientras me dé gana, ¿está usted?, que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones; ¡vaya con el viejo este, que no quiere que se cante y se baile, y miente más que el almanaque!

Y se fué, cantando á gritos:

A la puerta de un sastre  
Todas son tiras,  
Y á la de un zapatero  
Todas mentiras.  
Tienen los zapateros  
En el cogote  
Un letrero que dice:  
Viva el cerote.

El tío Hormazo, impaciente, iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

—¿Qué quieres?—preguntó con su vocejón y torva y desconfiada mirada el remendero.

—Preguntarle á usted, tío Hormazo, si ha confesado.

—¿Te vas, ó te envío al demonio?

—Es que venía á enseñarle á usted su confesión que es así:

Yo, zapatero,  
Pecandero,  
Embustero,  
Me confieso á Andero,  
A Pedro Botija  
Y á Antón Perulero.

—¡Bribón, tunante! Si te tiro un hormazo te abro la crisma.

Pero la amenazada crisma estaba ya fuera de tiro.

No había pasado un cuarto de hora, cuando se presentó otro marchante. Este no fué mal acogido, porque traía en la mano un zapato que por delante abría una inmensa boca como un gran pez que parecía amenazar al tío Hormazo; en cuanto al talón, era una triste ruina; aquel edificio yacía por tierra.

—Déjalo ahí—dijo sin asustarse y sin condorarse el remendón, hecho á ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario ruinas.

—¡Cuidado que dice mi madre que quede bien cosido y firme!

—¡Pues... mire la advertencia!—gruñó el tío Hormazo.—¿Te se ha figurado, metebulla, que coso yo con telarañas?

—Lo advierto—respondió el chiquillo tomando el portante,—porque:

Dice... el remendero pobre,  
Tente, tente, hasta que cobre.

—¡Por *vía* del demonio malo tu padre!... Que si te tiro un hormazo te has de acordar de mí.

—¡Tío Hormazo!—dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador.—De parte de mi abuela, por *mor* de usted, que no le ha cosido el zapato, no puede ir á misa, y que es usted un judío.

—¡Yo judío! ¡Mira, so insultante, vuélveme con otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hormazo que te tire no te dejo estampados los sesos en la pared, so bribón! Dile á la mal hablada de tu abuela que los descalzos se van más fácilmente á la gloria que los calzados.

—Entonces, tío Hormazo, ya que calza usted cristianos, está usted trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es usted un judío, y *asina* dice la copla:

Un remendero fué á misa  
Y no sabía rezar,  
Y andaba por los altares:  
—¿Zapatos que remendar?

Esta vez la horma fué por los aires; pero dió contra la puerta, cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

Zapatero, remendero,  
Come tripas de carnero.

—¡Pues no es este un oficio para condenar á un cristiano!—exclamó desesperado el antítesis de Herodes.—  
¡Esto es la víctima de la tiranía muchachil! (¡Ay! ¡Y no es la sola, que bastantes hay!) ¡Vamos, señor, que ni la paciencia de Job, hato de pillos!

Entonces se asomó al umbral y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sujeto microscópico de cinco años, que apenas hablaba claro; recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó derecho, y presentando como presenta un centinela el fusil, una gran asta de buey al tío Hormazo, dijo:

—Señor remendero garboso, ¿*quié* usted *hacé* unos zapatos *pa* este buen mozo?

—Ah, gurrapatillo!—exclamó fuera de sí el remendón.—¿Tú también te metes á hacer burla? ¡Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tío Hormazo,

generoso, no acudió á su arma favorita, la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapato; éste, asustado, se había vuelto, pero no atinaba á bajarse, por lo cual el proyectil le dió con todo su ímpetu por detrás, cayendo al suelo hechos un lío el gurrapatillo, el asta y la escoba de mano. Al oír los poderosos berridos que daba el *porta-asta*, acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tía, su madrina y media docena de vecinas á cual más compadecidas de la víctima y á cual más enardecidas de indignación contra el Fierabrás remendero. Como un fuego graneado fueron lanzados al tío Hormazo los siguientes requiebros:

*La madre*: ¡Hereje!

*La abuela*: ¡Herodes!

*La tía*: ¡Alma de Caín!

*La madrina*: ¡Sin entrañas!

*La prima*: ¡Desalmado!

*Una vieja*: ¡Judío!

*Una modista*: ¡Nerón!

*La mujer de un miliciano*: ¡Déspota!

*La mujer de un marinero*: ¡Pirata!

*La mujer de un soldado*: ¡Moro Riff!

*Una corseter francesa*: ¡Ogre!

*Una negra mendiga*: ¡Caravali Bozal!

*Una beata*: ¡Impío!

*Una anti-rusa*: ¡Cosaco!

*Una chiquilla*: ¡Bú!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamen-

te uniendo suelas y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando:

—Esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese escuerzo mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza. Estás prevenida, Juana Gañotes.

Pero no estaba el tío Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante, con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque, al asistente del oficial, que merced á la bulla y algazara que había allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el cancerbero de la pretendida de su teniente. Mas se engañó: al vigor del can, unía el remendón los cien ojos de Argos.

Al ver el tío Hormazo aquella aparición garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar y se puso de concierto con el de su almidón.

Se dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorro de algodón terciado sobre su calva, y el mismo aire *crané* (como dicen los franceses) que tenía la gorra de cuartel del asistente.

Habiendo en consecuencia de esto, quedado descubierta una de sus orejas pudo oír perfectamente lo que al pasar, sin detenerse y en voz de tenor, cantaba el Mercurio, y era esto:

Arandín, arandín, arandé;  
Señá Mariquita, atiéndame usté.

Y siguió su camino:

—Yo también atiando—dijo para sí el remendón me-

22.

Dos son tres si bien se advierte;  
Tres son cuatro si se mira;  
Cuatro seis y de esta suerte  
Seis son cuatro sin mentira.

—El número de letras de dos, tres, cuatro y seis.

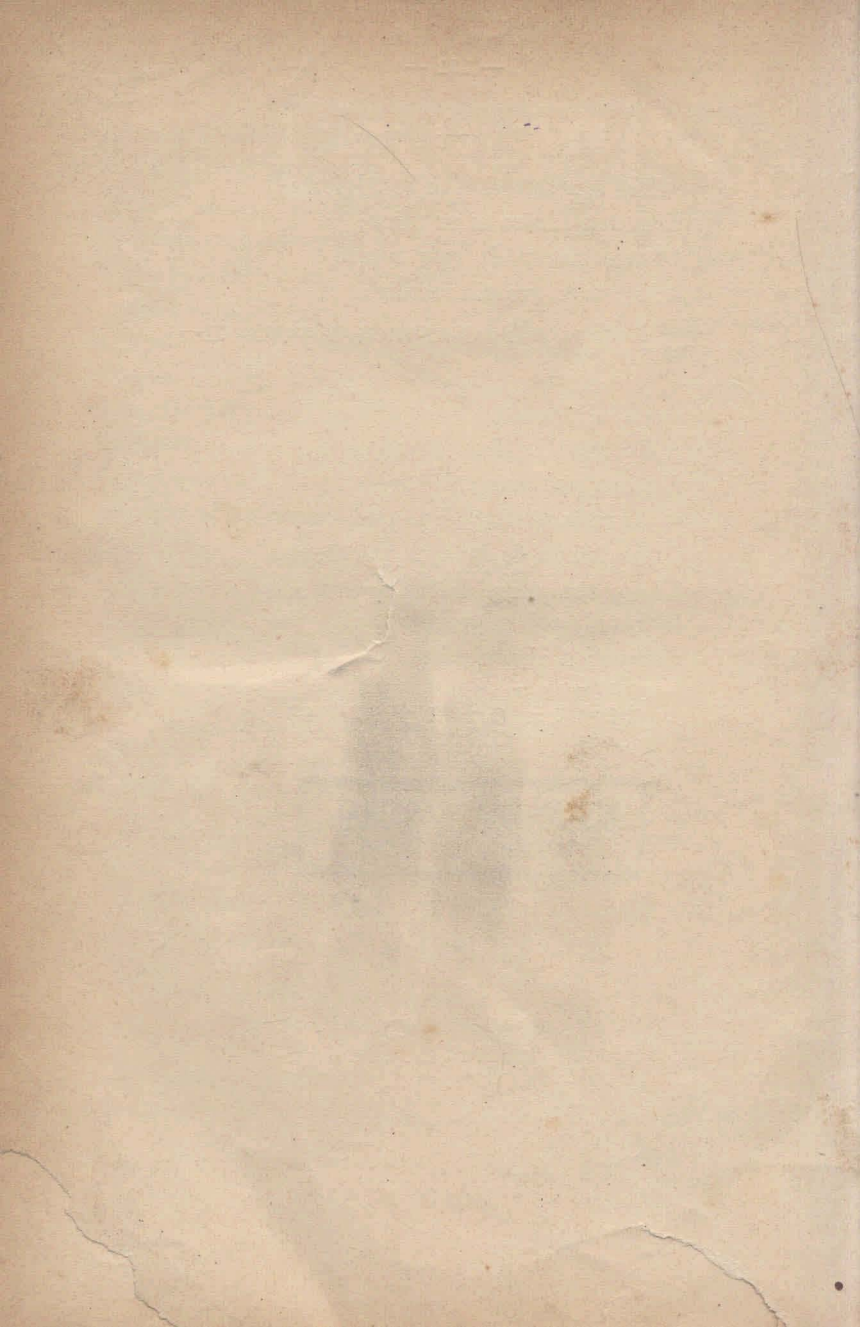
23.

Un gavián iba cazando,  
Muchas palomas volando.  
—¿Cuántas vais?—Las que vamos,  
Otras tantas de las que vamos,  
La cuarta parte de las que vamos,  
Y usted, señor gavián,  
Componen ciento cabal.

— 36 + 36 + 18 + 9 + 1 = 100









## INDICE

|                                                                          | <u>Página</u> |
|--------------------------------------------------------------------------|---------------|
| 1. El padre nuestro — <i>Jesús</i> .....                                 | 5             |
| 2. Cantar sagrado.....                                                   | 5             |
| 3. Refranes, 1 á 3 .....                                                 | 5             |
| 4. Nanas ó cantares de cuna, 1 á 7 .....                                 | 6             |
| 5. Adivinanzas, 1 á 6.....                                               | 7             |
| 6. Cancioncillas infantiles, 1 á 6 .....                                 | 9             |
| 7. Juegos infantiles, 1 á 6 .....                                        | 12            |
| 8. Fábulas .....                                                         | 14            |
| 1. Los gatos escrupulosos — <i>Samaniego</i> .                           |               |
| 2. El perro y el cocodrilo — <i>Samaniego</i> .                          |               |
| 9. Un sucedido — <i>Fernán Caballero</i> .....                           | 15            |
| 10. Epigramas .....                                                      | 16            |
| 1. Saber sin estudiar — <i>Nicolás Fernández de Moratín</i> .            |               |
| 2. Al colegio de la villa — <i>Manuel del Palacio</i> .                  |               |
| 11. Preguntas, 1 á 6 .....                                               | 17            |
| 12. Cantares morales, 1 á 6.....                                         | 18            |
| 13. Cuento. — Las lágrimas de contrición — <i>Fernán Caballero</i> ..... | 20            |
| 14. Adivinanzas, 1 á 6 .....                                             | 22            |
| 15. Fábulas .....                                                        | 24            |
| 1. La paloma — <i>Samaniego</i> .                                        |               |
| 2. Las moscas — <i>Samaniego</i> .                                       |               |
| 3. La alforja — <i>Samaniego</i> .                                       |               |
| 16. Cuento. — Medio-pollito — <i>Fernán Caballero</i> .....              | 25            |
| 17. Refranes del cuento anterior, 1 y 2.....                             | 31            |
| 18. Preguntas, 1 á 6 .....                                               | 32            |

|     |                                                                         |    |
|-----|-------------------------------------------------------------------------|----|
| 19. | Fábulas .....                                                           | 33 |
|     | 1. La serpiente y la lima — <i>Samaniego</i> .                          |    |
|     | 2. Los navegantes — <i>Samaniego</i> .                                  |    |
|     | 3. La zorra y el busto — <i>Samaniego</i> .                             |    |
| 20. | Cuento. — El podenco — <i>Cervantes</i> .....                           | 34 |
| 21. | Adivinanzas, 1 á 6 .....                                                | 35 |
| 22. | Chascarrillo. — El lazarillo y el ciego — <i>Fernán Caballero</i> ..... | 36 |
| 23. | El mismo chascarrillo en verso — <i>Manuel del Palacio</i> .....        | 37 |
| 24. | Aventura de los molinos de viento — <i>Cervantes</i> .....              | 39 |
| 25. | Cantares morales, 1 á 8 .....                                           | 41 |
| 26. | Chistes, 1 á 3 .....                                                    | 43 |
| 27. | Fábulas .....                                                           | 45 |
|     | 1. El gusano de seda y la araña — <i>Iriarte</i> .                      |    |
|     | 2. El peral — <i>Hartzenbusch</i> .                                     |    |
|     | 3. La carambola — <i>Campoamor</i> .                                    |    |
| 28. | Cuento. — Pico, pico — <i>Fernán Caballero</i> .....                    | 46 |
| 29. | Preguntas, 1 á 3 .....                                                  | 48 |
| 30. | Cantares satíricos, 1 á 3 .....                                         | 49 |
| 31. | Aventura de los carneros — <i>Cervantes</i> .....                       | 50 |
| 32. | Fábulas .....                                                           | 57 |
|     | 1. El pastor — <i>Samaniego</i> .                                       |    |
|     | 2. El oso, la mona y el cerdo — <i>Iriarte</i> .                        |    |
|     | 3. El pájaro y el niño — <i>Hartzenbusch</i> .                          |    |
|     | 4. De gustos no hay nada escrito — <i>Campoamor</i> .                   |    |
| 33. | Refranes, 1 á 6 .....                                                   | 61 |
| 34. | Adivinanzas, 1 á 6 .....                                                | 62 |
| 35. | Cuento. — Las ánimas — <i>Fernán Caballero</i> .....                    | 63 |
| 36. | Epigramas .....                                                         | 67 |
|     | 1. Troquemos suertes, amigo — <i>Francisco de la Torre</i> .            |    |
|     | 2. Al doctor don Juan Pérez de Montalván — <i>Anónimo</i> .             |    |
|     | 3. A la abeja semejante — <i>Juan de Iriarte</i> .                      |    |
|     | 4. Silbido es la lengua inglesa — <i>Juan de Iriarte</i> .              |    |
|     | 5. Reflexión moral — <i>Nicolás Fernández de Moratín</i> .              |    |

6. En la cabeza le dió — *Cadalso*.
7. A una dama que se arrebolaba á sí propia —  
*Tomás de Iriarte*.
8. Hablando de cierta historia — *Iglesias de la Casa*.
9. Á Pedancio — *Leandro Fernández de Moratin*.
10. El amor en venta — *Martinez de la Rosa*.
11. Hay Cresos que con ansia desmedida — *Campoamor*.
12. Valiéndose de las tretas — *Balart*.
13. Negocio: en buen castellano — *Manuel del Palacio*.
14. Juan á Domingo reñía — *Vital Aza*.
37. Chascarrillos, 1 á 4 ..... 72
38. Cuento. — El soldado andaluz y el toro — *Manuel del Palacio* ..... 74
39. Una burla de Pablos — *Francisco de Quevedo*..... 75
40. Cuento. — Tío Curro el de la Porra — *Fernán Caballero* ..... 78
41. La condición — *Campoamor* ..... 82
42. Fábula. — El burro flautista — *Iriarte*..... 83
43. Chascarrillos ..... 84
1. La col y la caldera — *Juan Valera*.
2. La capa del mayordomo — *Fernán Caballero*.
3. Lo mejor del pueblo.
44. Preguntas, 1 á 3. .... 88
45. Sonetos festivos..... 89
1. Un soneto me manda hacer Violante — *Lope de Vega*.
2. A una nariz — *Quevedo*.
3. No hay regla sin excepción — *Manuel del Palacio*.
46. Cuento. — Economía — *Eusebio Blasco* ..... 91
47. Fábula. — Los dos conejos — *Iriarte*..... 94
48. Chistes. — Lo que dicen los niños — *Eusebio Blasco* 95
49. Adivinanzas, 1 á 4 ..... 97

|     |                                                                          |     |
|-----|--------------------------------------------------------------------------|-----|
| 50. | Chascarrillo. — El arroyuelo de las hadas — <i>Casimiro Prieto</i> ..... | 98  |
| 51. | Los dos perros — <i>Vital Aza</i> .....                                  | 102 |
| 52. | Refranes, 1 á 12.....                                                    | 107 |
| 53. | Chascarrillos.....                                                       | 109 |
|     | 1. Quien no te conozca que te compre — <i>Fernán Caballero</i>           |     |
|     | 2. El mismo chascarrillo — <i>Juan Valera</i> .                          |     |
|     | 3. Milagro de la dialéctica — <i>Juan Valera</i> .                       |     |
| 54. | Fábulas.....                                                             | 115 |
|     | 1. El asno y el caballo — <i>Samaniego</i> .                             |     |
|     | 2. Los huevos — <i>Iriarte</i> .                                         |     |
|     | 3. La sobriedad del gato — <i>Hartzenbusch</i> .                         |     |
|     | 4. Quien más sube, más se expone — <i>Ruiz Aguilera</i> .                |     |
| 55. | Preguntas, 1 á 3.....                                                    | 119 |
| 56. | Escena infantil — <i>Fernán Caballero</i> .....                          | 120 |
| 57. | Cuento. — El regalo de los reyes — <i>Eusebio Blasco</i>                 | 124 |
| 58. | Epigrama. — <i>Manuel del Palacio</i> .....                              | 128 |
| 59. | Anécdota. — Los amigos de Dionisio.....                                  | 128 |
| 60. | Fábulas.....                                                             | 131 |
|     | 1. La lechera — <i>Samaniego</i> .                                       |     |
|     | 2. El pato y la serpiente — <i>Iriarte</i> .                             |     |
|     | 3. El ruiseñor y la calandria — <i>Hartzenbusch</i> .                    |     |
| 61. | Adivinanzas, 1 á 6.....                                                  | 134 |
| 62. | Fábulas.....                                                             | 136 |
|     | 1. El ratón de la corte y el del campo — <i>Samaniego</i> .              |     |
|     | 2. El jilguero y el cisne — <i>Iriarte</i> .                             |     |
|     | 3. Las dos famas — <i>Hartzenbusch</i> .                                 |     |
| 63. | Cuento. — El hijo del boticario — <i>Eusebio Blasco</i> .                | 139 |
| 64. | Cuento. — ¡Porrita componte! — <i>P. Luis Coloma</i> ..                  | 141 |
| 65. | Sonetos humorísticos.....                                                | 148 |
|     | 1. Al túmulo del rey Felipe II. — <i>Cervantes</i> .                     |     |
|     | 2. Dicho de un andaluz — <i>Tomás de Iriarte</i> .                       |     |
| 66. | Cuento. — Juan soldado — <i>Fernán Caballero</i> .....                   | 150 |
| 67. | Adivinanzas, 1 á 7.....                                                  | 160 |

|     |                                                                         |     |
|-----|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| 68. | Chascarrillo. — Las gafas — <i>Juan Valera</i> .....                    | 162 |
| 69. | Refranes, 1 á 12.....                                                   | 163 |
| 70. | Cuento de navidad — La muñeca — <i>Eusebio Blasco</i> .....             | 165 |
| 71. | Preguntas, 1 á 4.....                                                   | 172 |
| 72. | Fábulas.....                                                            | 172 |
|     | 1. La cigarra y la hormiga — <i>Samaniego</i> .                         |     |
|     | 2. La ardilla y el caballo — <i>Iriarte</i> .                           |     |
|     | 3. La rosa y la zarza — <i>Hartzenbusch</i> .                           |     |
| 73. | Cuento. — Tribulaciones de un remendero — <i>Fernán Caballero</i> ..... | 178 |
| 74. | Adivinanzas, 1 á 23.....                                                | 186 |



